

SOPLO DE TERROR

Peter Debry



**La muerte visita el desierto
más infernal del mundo**

SOPLO DE TERROR

PETER DEBRY

SOPLO DE TERROR

1.^a EDICIÓN
ABRIL - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

193. — El *gang* del «Medio Rostro». 195. — Testigos siniestros 197. — «Operación Caimán». 199. — Héroes sin nombre. 201. — Piratas de frac. 203. — Agencia de secuestros. 220. — Tres fantasmas. 249. — Rescate en Tonkin. 263. — Ron amargo. 265. — La muerte sobre ruedas. 274. — Horizontes febriles. 276. — Minutos antes de morir. 278. — Los marcados del Caribe. 294. — Técnico en raptos.

En Colección **PANTERA:**

13. — Los guapos de la Legión. 18. — Tiburones en aceite. 41. — Zánganos en Arizona. 50. — Bajo la Cruz del Sur. 52. — Un legionario investiga. 55. — «Robin de las Antillas».

CLASIFICACION DE NUESTRO AJESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

© FRANCISCO BRUGUERA
1956

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyección, 2 - Barcelona

SOPLO DE TERROR

POR PETER DEBRY

A black and white illustration of a prospector wearing a hat and carrying a rifle, standing in a desert landscape with rocky terrain and sparse vegetation. The title 'SOPLO DE TERROR' is written in large, bold, stylized letters, and 'POR PETER DEBRY' is written in smaller letters below it.

CAPÍTULO I

El disparo repercutió amplificado por las rocosas paredes del estrecho y corto desfiladero, truncando la silenciosa quietud del crepúsculo.

Helen Harris, afianzándose en los estribos, apoyó la mano en la culata del rifle enfundado, examinando con inquietud los contornos rocosos del desfiladero a cuyo otro extremo se extendía el Desierto Vizcaíno.

El caballo, tremente en largos estremecimientos su pelaje, piafada impaciente, como queriendo alejarse del paso que desembocaba en el desierto.

Helen Harris siguió escrutando con creciente temor. La tierra caliza del desfiladero amortiguaba unas pisadas que iban aproximándose a la bocana de salida.

Y apareció un alazán sin jinete, llevando en reata a un mulo cargado con el equipo que tanto podía pertenecer a un prospector de minas como a un vaquero en largo viaje.

Caballo y mulo se detuvieron dócilmente, al levantar Helen Harris la enguantada diestra. Más allá, en la unión del sendero con la tierra caliza, al irse ella aproximando, vio la silueta tendida.

Un hombre yacía boca arriba, con la diestra crispada en torno al revólver. Apoyaba su abierta zurda sobre el rostro, como si se cubriera los ojos. Pero no dormía.

Entre los dedos de la zurda se iba agrandando la rojiza mancha sangrienta. Helen Harris saltó de la silla, corriendo hacia el desconocido, y arrodillándose le apartó la ensangrentada mano izquierda.

Un rostro atezado por largos días de intemperie, de facciones estatuarias... Pero ella examinaba con toda su atención el negro y

rizoso cabello, por entre el que un balazo había trazado su quemante surco.

Una honda herida que podía o no haber roto algún hueso craneano, y ella se inclinó para aproximar el oído a los lívidos labios entreabiertos.

El desconocido alentaba, pero muy levemente en proporción a la evidente fortaleza de su constitución.

Miró ella en torno, hasta que el brillo de la cantimplora colgando de la alforja del mulo, la incitó a actuar, y empapando su pañuelo fue humedeciendo las sienes y frente del herido.

El frescor del agua produjo sus benéficos efectos, y Helen Harris vio batir las pestañas desvelando el denso color azul oscuro de unas pupilas al principio inexpresivas.

Después pudo ella adivinar que, progresivamente, el herido iba recobrando los sentidos, y sin duda recordaba, porque sus abiertas mandíbulas se cerraron en crispación furiosa.

Su cabeza yacía sobre el femenino muslo ceñido en los calzones de montar. Y fue el primero en romper el tenso silencio.

—Gracias... El agua... a veces es muy buena...

La voz era honda y resonaba gravemente como había ella presentido, dada la amplitud torácica del desconocido, que, humedeciéndose los resecos labios, añadió:

—Recuerdo... que de pronto él me disparó...

Y como si quisiera alejar una visión poco grata, inquirió súbitamente:

—¿Cuánto tiempo llevo así?...

—Acabo de encontrarle. Yo pasaba a poca distancia de este desfiladero cuando oí el estampido... ¿Le duele mucho la herida?

—Más bien estoy atontado... ¿Dónde me atinó el balazo?

—En la cabeza. Solo un refilonazo, pero ha perdido mucha sangre.

El desconocido alzó la zurda, y los morenos dedos ensangrentados palparon expertamente, mientras la diestra enfundaba el revólver.

—Solo un arañazo. Mi buena estrella no me ha fallado... Unos centímetros más abajo...

No completó la frase, y con esfuerzo logró sentarse. Cerró los ojos, y ella creyendo que de nuevo iba a perder el sentido, le enlazó los anchos hombros, arqueándose tensa en su postura arrodillada.

Él, abriendo los ojos, sonrió en lenta negativa.

—Unos minutos más y podré valerme por mí solo.

Se levantó Helen Harris mientras el desconocido, retrocediendo

sobre sus manos, consiguió respaldarse en el liso contorno de la roca que iniciaba el desfiladero sinuoso.

Helen Harris se aproximó al mulo que en pacífica aptitud permanecía hociendo entre el alazán del herido, y el bayo.

De una alforja extrajo una toalla de fino tejido, que rasgó en tiras. Al arrodillarse de nuevo junto al desconocido, comentó:

—Apenas sangra ahora. Y la herida está limpia.

Fue vendando mientras él, de la camisa a cuadros, sacaba una bolsita de tabaco y un librito de papel de fumar. Intentó ahuecar el papel sin lograrlo.

Helen Harris cogió la bolsita y el papel, liando prestamente el cigarrillo que colocó entre los labios masculinos, encendiéndolo con los planos fósforos que llevaba el mismo librito de papel.

Con deleite inhaló él. Daba una impresión de calmosa reciedumbre, de hombre acostumbrado a sorprenderse escasamente. Y ponderó inesperadamente:

—Es usted un prodigio de mujercita. Enfermera ideal...

No tenía el cantante acento californiano, sino una lenta e incisiva pronunciación. Helen Harris, levantándose, quedó recortada en la naciente penumbra. Su ropaje masculino no favorecía la esbeltez de su cuerpo, pero el rubio cabello, recogido por el pañuelo, asomaba en la frente en bucles revueltos y la delicadeza de sus finos rasgos completaba la honda femineidad de sus almendrados ojos.

No pudo reprimir la pregunta:

—¿A dónde iba usted?

—Extraviado... Nunca había viajado por esta comarca, y pensé que el desierto no era tan extenso...

—¿Minero?

Denegó él con lenta cabezada.

—Me aproximaba a la salida del desfiladero, cuando un jinete apareció de pronto y disparó. Es lo último que vi.

—¿Qué jinete?

Alzó él los recios hombros, replicando incisivamente:

—No lo sé... todavía.

Helen Harris insistió:

—Cuénteme cómo le atacó.

—Poco hay para contar. Me veo penetrando en la última vuelta de este maldito paso, pensando que en las montañas podría hallar agua y sitio para acampar. Oí un crujido a mis espaldas. Un jinete que obligaba a su montura a sentarse, y al mismo tiempo vi el fognazo. Me veo intentando arrodillarme en el suelo, y sacando mi

revólver. Y entonces, el mundo entero se convirtió en profunda noche hasta que desperté viendo a un angelito contemplarme muy serio.

Inhaló otra bocanada de humo, y al exhalarla especificó:

—El angelito era usted.

Volvió a cerrar los ojos, visiblemente fatigado. Ella preguntó:

—¿Puede montar?

—Creo que sí.

Ella se dirigió hacia los caballos, y por primera vez se dio cuenta que la silla de montar del misterioso desconocido, estaba ceñida por doble cincha y el arzón tenía su pomo muy alto, con riñonera.

Aquel hombre venía desde muy lejos. Sus botas eran de piel amarillenta, no usual en California ni Méjico, como tampoco lo eran sus largos pantalones parduscos, de vuelta confeccionada con la misma piel que sus botas. Las espuelas eran pequeñas, de rodete.

Helen Harris atrajo el caballo alazán por las riendas, y al detenerse ante el hombre que por las trazas venía del lejano Norte, dijo:

—Puedo ayudarle a montar. Es preferible alejarse de aquí... Vámonos.

—¿A dónde?

—A la hacienda de mi tío. No está lejos... Tras aquella colina. Allí podremos cuidarle hasta que se reponga por completo.

Instintivamente, comprobó ella que aquel individuo de extraña sonrisa no deseaba su compañía. Y lo oyó claramente:

—No es una herida que requiera tantas atenciones, aunque le agradezco su buen corazón. Puedo acampar aquí mismo, porque tengo reserva de agua...

Ella le atajó con una impaciencia casi infantil.

—Estamos perdiendo el tiempo discutiendo. Venga conmigo y mañana, si se encuentra restablecido, podrá seguir... viajando. Está anocheciendo, y ni siquiera de día este paso al desierto es un sitio... para acampar.

Y de pronto, Helen Harris agudizó la voz con repentina cólera:

—¡No es preciso que me diga quién es ni de dónde viene! Me tiene totalmente sin cuidado.

Se sonrojó, porque mentía. Le atraía aquel forastero, porque era una novedad en su aburrida existencia casi solitaria...

—No puedo dejarle aquí, así...

El tono perentorio y la manecita tendida parecieron divertir al norteco, que dócilmente desdobló su larga humanidad, incorporándose.

Pero en pie, titubeó un poco, en lenta oscilación, y Helen Harris volvió a emplear toda su fuerza para sostenerlo. Enlazándole la cintura, rozaba apenas con su cabeza el ancho bíceps.

Resopló ella mientras el hombre del norte, apoyándose en la silla de montar, conseguía auparse en un solo impulso.

Helen Harris, montando su bayo, volvió la cabeza, asombrada. El herido, en vez de espolear hacia el paso de la colina, conducía su alazán al desfiladero que desembocaba en el desierto.

—¿A dónde va? —gritó ella, en exasperado tono.

—Solo a ver una cosa antes de abandonar este sitio.

Ella le siguió con cierto temor hasta el primer viraje del sinuoso desfiladero. Y le vio inclinarse para escrutar con absorto interés la tenue huella de unas pezuñas en el volcánico polvo.

Helen Harris, deteniéndose tras la reata, advirtió:

—Está anocheciendo.

El asintió, pero continuaba mirando el suelo.

—Fíjese en estas huellas. Son las que dejó el jinete que me echó abajo del caballo. Cascos con herrajes poco gastados. Fíjese...

Se destacaba bien impresa en el polvo el arco de la herradura. Con una curiosa marca excepcional en su centro: una flecha de astil truncado. Se volvió él, incorporándose sobre la silla, atraída su atención por el repentino respingo femenino. Y leyó en el delicado rostro un incomprensible pánico que le hizo apoyar la diestra en la culata, mirando repentinamente hacia la otra curva del desfiladero.

Pero ella solo susurraba, entrecortadamente:

—Es la marca... del jinete... que los mejicanos llaman «Terror del Desierto»...

Respiraba anhelosamente, tensando en vaivén el tejido de su blusa blanca, y sus almendrados ojos espiaban inquietos, como temiendo la cercanía de una siniestra y amenazadora aparición.

—¿«Terror del Desierto»? —repitió él.

Pero ella atareada en volver riendas y palmear el mulo en reata, enderezando su dirección, se limitó a apremiar:

—¡Dé espuela! ¡Vámonos!... ¡Vámonos!

Y lanzó su bayo al galope. No retuvo él a su alazán, que en tranco largo partió al alcance de la amazona, seguido por el mulo en reata.

Buster Vernon, que con la zurda se apretaba el vendaje, para atenuar el martilleo del galope repercutiendo en su cabeza, pensó que era curioso observar cómo la linda enfermera y los caballos parecían sentir un soplo de instintivo terror que les impulsaba a alejarse apresuradamente del corto y sinuoso desfiladero

desembocando en el ancho desierto.

CAPÍTULO II

Un sendero contorneando la base de la colina, iba bajando pronunciadamente hacia un valle. Los últimos rayos solares encendían al oeste las cumbres lejanas de Sierra Vizcaíno.

Y la oscuridad se cernía sobre el valle, convirtiéndolo en llanura hostil, como invadida por repentinas sombras de tierra muerta, olvidada y lejos de toda civilización.

Buster Vernon tenía también su especial instinto.

Y aquel valle bajo, donde ni el viento ni el sol parecían poder penetrar, engarzado en anfiteatro de montañas peladas, volcánicas, ofrecía un aspecto desolador.

Para Buster Vernon, aquel descenso tenía una extraña semejanza con la intrusión en un mundo antiguo, un escondido lugar arcaico y silencioso, lleno de sombras fantasmales.

No creía en fantasmas, y era por tanto la pérdida de sangre la que le producía aquellas sensaciones ajenas a su temple habitual, flemático y calculador. La amazona se detuvo cuando el sendero ya penetraba en la llanura de vegetación escasa y retorcidos arbustos. Ella no tenía nada de fantasmal.

Juventud saludable y viveza de genio, pensó Vernon.

Y algo de rebeldía en ella, algo de indefinible que, por el momento no podía analizar, ya que además de la oscuridad, lo que predominaba en Vernon era el dolor de cabeza.

Atravesando el bayo, forzó ella una sonrisa mezcla de íntima diversión y titubeo embarazoso.

—Resido al final de aquel sendero. No está lejos, pero... necesito que usted acepte una condición.

Mientras hablaba, desanudó ella los picos del pañuelo sedoso con que rodeaba su cuello. Y en la pausa que parecía aumentar el confuso titubeo en ella, dijo Vernon:

—Recuerde que soy su muy devoto deudor. Si no acude tan a tiempo, tal vez el jinete me hubiese rematado.

Helen Harris trató de hablar como si fuera trivial la petición:

—Debe consentir que le vende también los ojos hasta que... lleguemos a mi casa. No puedo ahora decirle por qué... Solo puedo asegurarle que así me evitará complicaciones a mí... y quizá también a usted. Créame que lamento no poder ser más explícita.

Buster Vernon iba a negarse. Herido y vendado... no le gustaba

recorrer ningún sendero. Pero ella encarnaba la juvenil franqueza, pese a la extraña petición.

Y expuso risueño:

—Obscurecer aún más este lúgubre valle, es casi un alivio. Y me consta que puedo confiar plenamente en usted.

Inclinó el busto a un lado, y comprobó que ella aseguraba las dobleces del pañuelo, apretándolo de modo que no pudiera ver nada. Y notó en la femenina entonación cierto regocijo al manifestar:

—Le agradezco sea dócil, porque estoy segura que no lo es con nadie.

Helen Harris tiraba de sus riendas, y Buster Vernon, sujetando el pomo del arzón con ambas manos, se dejó conducir. Oyó poco después el susurro de un arroyo, el resbalar de los cascos por sendero herboso, y un hálito más fresco en la brisa nocturna.

Más tarde, los cascos repicaron con sonoridad, en eco que delataba el paso entre paredes rocosas, y a su olfato llegó el olor a tierra recientemente removida.

¿Por qué le había vendado ella? Posiblemente, una mina. Una mina cuyo emplazamiento ella quería conservar secreto.

De pronto los caballos se detuvieron, y oyó la voz femenina hablando un raro lenguaje. Una réplica gutural, y los caballos volvieron a ponerse al paso para trotar unos cinco minutos después como si el sendero se hubiera ensanchado lo suficiente para permitirles ir en hilera.

Buster Vernon sintió que el aire se hacía aún más fresco, y que los cascos levantaban ahora rumores de secas hojas...

Volvieron a detenerse y las suaves manos desanudaron la venda de los ojos, recuperando el pañuelo sutilmente aromatizado con espliego.

—Ya hemos llegado —anunció Helen Harris.

Buster Vernon escrutó a la luz lunar el espacio abierto entre paredes rocosas. Había una casa larga de bajo techo, construida con la misma piedra que fulgía rojiza en las paredes rocosas circundando el espacio cerrado, salvo un paso de acceso.

Y los caballos estaban junto a un estanque, el cual reflejaba en sus oscuras aguas la única luz que brotaba del interior de la casa.

Había algo indefinible en la hacienda solitaria escondida en las profundidades rocosas de un valle deshabitado, de aquella comarca de Baja California.

Podía ser el relente nocturno el que produjo en Buster Vernon un estremecimiento, mientras, apartando la vista de las aguas del

estanque, miraba interrogador a la rubia amazona.

Helen Harris habló de nuevo aquel extraño lenguaje, dirigiendo las palabras hacia la oscuridad. Y una india se aproximó para coger las bridas.

De nuevo experimentó Vernon la sensación de irrealidad, de estar viviendo en otro mundo, ante una Eva de los remotos tiempos ancestrales.

La india tenía anchas facciones achatadas, oblicuos ojos, tez olivácea y felinos movimientos. Su vestidura y aspecto recordaba imágenes pintadas en un templo centroamericano cuyas fotografías había visto años antes Buster Vernon.

Desmontó sin dificultad, revigorizado por el frescor que emanaba del estanque, y Helen Harris señaló hacia la casa, murmurando:

—Sígame.

Tuvo Vernon que inclinarse para pasar el dintel, y al enderezarse vio que la difusa luz brotaba de un voltaico suspendido en el techo, al fondo. Estaba en un largo corredor, sin muebles. A cada lado, hileras de ídolos pintados y tallados. Netamente aztecas. A la incierta luz, repelían sus feas máscaras, y al final del corredor, un ídolo más voluminoso se erguía como un centinela malévolo junto a una entrada en tinieblas.

Helen Harris había abierto una estrecha puerta, y un chorro de luz disipó la semipenumbra del corredor. Hizo ella un ademán invitante, y Vernon entró en la estancia lateral.

Paneles de madera rojiza, y en las esquinas y sobre las repisas de las ventanas, jarros, figuras, máscaras, cuchillos de piedra y muestras de un arte primitivo.

Tras una mesa despacho, se sentaba un hombre de ralo cabello grisáceo, largo rostro caballuno, gafas de concha transparentando un claro gris, labio inferior, colgante y expresión de sabio distraído en sus meditaciones, frito y hostil.

Helen Harris señaló un sillón a Vernon, que se instaló sin miramientos, porque necesitaba algo sólido en qué arrellanarse.

—Le presento a Reuben van Dyne —dijo ella, añadiendo inmediatamente—: Encontré al forastero en la entrada del Paso Prieto, herido de un balazo. Perdió mucha sangre, y por eso lo he invitado a reposar aquí.

Reuben van Dyne desenlazó sus anchas manos y más prominente aún su labio inferior, continuó escudriñando al visitante. Pero al hablar, su voz era amistosa, afable, muy distinta a su personalidad:

—Hiciste bien, muchacha. Veamos.

Se levantó pesadamente, dio la vuelta a la mesa, y quitó el vendaje ceñido en torno al cráneo de Vernon. Removió el cabello junto a la herida, y comentó:

—Podía haber sido un final definitivo de viaje.

Una recia pisada procedente del largo corredor se estabilizó en la habitación. Y, girando el rostro, contempló Vernon al que acababa de entrar.

Un individuo de unos cuarenta y cinco años, de macizos hombros, torso como un barril, vestido a la usanza minera californiana. La arremangada camisa mostraba unos velludos antebrazos voluminosos, con el azul de un tatuaje representando un busto femenino, y en el otro, un nombre borrado.

El rojo cabello áspero acababa de completar la expresión de ferocidad del rostro de gruesas facciones bastas.

—Trae agua, Rolf —ordenó Van Dyne.

El forzudo pelirrojo se desplazó con la gracia de un oso para alcanzar en una repisa una jarra y verter agua en un vaso que entregó a Van Dyne, quien lo colocó en la diestra de Vernon.

Helen Harris repitió la breve explicación que había dado al entrar, y Vernon, dejando el vaso vacío sobre la mesa, vio que el pelirrojo Rolf no era tan fácil de contentar como Reuben.

Su ronca voz pareció llenar la estancia.

—Tan pronto pueda ensillar, lo llevo a Los Cedros. Allí hay médico.

Helen Harris estaba quitándose los guantes, vuelta de espaldas. Giró sobre sí misma, con brillo de indignación en sus pardos ojos, al enfrentarse con el tosco pelirrojo.

—Necesita reposo más que un médico. Y es una tontería que solo a ti se te puede ocurrir, pensar en cabalgar las veintidós millas hasta Los Cedros.

El minero pelirrojo entornó los pesados párpados al contestar secamente:

—La única tontería que yo veo es que pienses que veintidós millas puedan ni siquiera fatigar a este robusto mozo. Y, además, nosotros no podemos tomar la responsabilidad de lo que puede suceder, si se queda aquí...

—¿Quién te pide a ti responsabilidad en nada, Rolf Langlen? —se irguió ella con imperiosa altanería cómica—. Yo le invité a venir, no tú. Y se quedará aquí hasta que se mejore. Yo me hago responsable de lo que pueda suceder. ¿Estás enterado, Rolf Langlen?

Reuben van Dyne había vuelto a sentarse, posando su ancha diestra sobre una calavera, cuya desdentada boca servía de lapicero. Parecía divertirse, contemplando alternativamente al gigante pelirrojo y a la esbelta muchacha.

Rolf Langlen, de tez rojiza, adquirió mayor rubicundez, mientras abría y cerraba las velludas manos.

Buster Vernon, levantándose, miró afectuosamente a Helen Harris.

—Es usted el mejor ángel guardián, pero me voy... Estoy lo bastante repuesto.

Los ojos azules perdieron toda afectuosidad al posarse en Langlen para decirle:

—No necesito para nada su ayuda. Sabré hallar mi camino hasta Los Cedros. Bastará que ella me vende los ojos para salir de aquí.

Abandonó Vernon el apoyo en el respaldo del sillón dirigiéndose a la puerta. Pero se detuvo. Aquella estancia empezaba a dar vueltas...

Por tercera vez, tuvo el soporte del esbelto cuerpo femenino, arqueando en voluntariosa ayuda. Y ella le acompañó de nuevo al sillón.

Vernon, sentándose, respiró hondamente, mientras ella decía agresiva:

—Eres un bruto, Rolf Langlen. Un verdadero bruto. ¿Quién eres tú para impedir que un hombre malherido repose aquí?

Rolf Langlen miró interrogante a Reuben van Dyne, pero antes que este pudiera contestar a la muda pregunta, se oyó el repicar de unos cascos deteniéndose ante la fachada.

Y unos pasos apresurados en el corredor precedieron a la entrada de un individuo. De mediana estatura, delgado, de facciones regulares y cabello castaño, entró sacudiéndose el polvo de los hombros, con el ancho sombrero.

Sus grises ojos acerados, miraron a la muchacha y a Langlen, que seguían enfrentados, y aproximándose a la mesa contempló la diestra de Van Dyne dirigida hacia el sillón.

El recién llegado dio otro paso, y respingó al divisar al herido.

Tiró el sombrero al suelo, mientras sus labios se abrían en alegre carcajada, incrédulos aún los grises ojos, y adelantando las manos hacia los hombros del forastero, exclamó con deleite infinito:

—¡Buster Vernon!

CAPÍTULO III

Apenas lanzada su alegre exclamación vio el vendaje manchado de sangre y, sin separar las manos de los hombros de Vernon, inquirió:

—¿Quién le hirió?

Miraba a Helen Harris, pero contestó Van Dyne:

—Nada grave. ¿Es amigo tuyo este forastero, Brian?

—Se llama Buster Vernon y estudiamos juntos en Oregón. Pero soy yo el que pregunto, ¿qué demonios ha ocurrido?

Helen Harris expuso rápidamente su encuentro con el herido, y mirando agresivamente al pelirrojo, epilogó:

—Rolf ha intentado llevárselo a Los Cedros, demostrando groseramente su deseo de que Buster Vernon no se quedase aquí.

Brian Colman tendió un índice acusador hacia Langlen.

—¿Desde cuándo tienes tú la menor autoridad aquí, irlandés? Vernon se quedará aquí todo el tiempo que quiera. ¿Está claro, Langlen?

El tono dejó de ser desafiante, y dando una palmada en el hombro de su amigo, añadió Colman:

—Por lo visto has pasado un mal momento, y te vendrá de perlas un largo sueño tranquilo. Echa una mano, Helen.

Buster Vernon sentía una inmensa fatiga, y se dejó llevar. Cada paso le repercutía en el cráneo mientras, abandonando la estancia, avanzaba por el corredor apoyándose en los hombros de Colman y Helen Harris.

Unos anchos peldaños ascendían hasta una galería acristalada en semicírculo, formando un rellano.

—No has cambiado mucho, Brian. Siempre activo y emprendedor... Pero me parece que te estoy ocasionando molestias —murmuró Vernon.

—¡No digas bobadas! —rio Colman empujando una puerta.

Una alcoba rústica, pero confortable y limpia, pensó Vernon sentándose al borde de la cama. Helen Harris regresaba con una jofaina, gasas y vendajes. Brian Colman limpió la herida, cogió unas tijeras para cortar un mechón de cabello, y por fin, dijo sonriente:

—Siempre fuiste un afortunado bribón. La bala no rozó hueso. No tendré que enhebrar aguja y sentirme remendón aficionado. Bastará esparadrapo, y la dura constitución de tu cabezota hará el

resto.

Y aplicado el apósito, Brian Colman asió por un codo a Helen Harris.

—Es hora para las niñas de ir a soñar con los cuentos de hadas. Yo me cuido del ogro.

La acompañó hasta la puerta, y volviendo rebuscó en un armario, hasta extraer un pijama.

—Es el mayor que tengo y te vendrá como si estuvieras en prendas menores, pero el único pijama que te sentaría sería el de Rolf Langlen. Solo que el irlandés no usa esta prenda.

Buster Vernon, desnudo, se limitó a enfundar las piernas en el pantalón de pijama y al deslizarse entre las sábanas y aplicar la cabeza en la almohada, suspiró con deleite:

—Hacía mucho tiempo que no dormía en una cama tan fantástica, Brian.

—Y podrás dormir tranquilo, Buster, hasta que venga a charlar contigo. Bienvenido.

Ya en la puerta, se volvió y, aproximándose a la cama, advirtió en tono grave:

—Estás en un sitio extraño, Buster, donde suceden extrañas cosas. No sientas demasiada curiosidad, y sobre todo no demuestres sorpresa. Ya te explicaré mañana...

Buster Vernon, cerrados los ojos, dijo que sí. Solo deseaba dormir, y apenas Brian Colman cerró luz y puerta, el hombre nativo de Oregon que había efectuado un largo viaje hasta llegar a Desierto Vizcaíno, se sumió en hondo sueño reparador.

* * *

Se despertó totalmente descansado, y solo la opresión en las sienes le recordó que estaba herido. Tras dedicar infructuosamente unos minutos a siluetar en su mente la imagen del jinete que le había disparado a traición, abandonó la cama. Ya no necesitaba ayuda. Podía mantenerse en pie por sí solo, y se aproximó al balcón.

El sol se reflejaba en la concavidad que la pared rocosa formaba a unos cien metros frente a la hacienda. Veía el estrecho paso, única salida de aquel anfiteatro.

Un arroyo nutría el largo estanque, semejante a una piscina. Pero las aguas ya no eran oscuras y quietas como en la noche anterior. Su límpido azul emitía un chapoteo, acompañando el rítmico braceo de un esbelto cuerpo ceñido en blanco bañador.

Buster Vernon contempló con placer la figura bronceada de Helen Harris, que emergía del agua, apoyándose en el borde de

piedra. Se izó, deliciosamente perfilada unos instantes, para sumergirse de nuevo en elástica zambullida.

Sonrió Vernon pensando que valía la pena el viaje, solo por ver a la extraña muchacha que residía en aquel perdido rincón alejado de toda senda transitada.

La puerta se abría y, volviéndose, vio Vernon a Brian Colman que entraba llevando una bandeja con cafetera, tazón y fuente de fruta.

—Vaya inválido que estás hecho —rió Colman—. Vuelva usted a la cama hasta que el veterinario dé el alta. ¿Qué tal estamos, viejo?

—Boyante. Y olvidaba mi afeitado de cabellera, viendo nadar a mi primera enfermera. Nunca me dijiste que tenías una hermana.

—¿Una hermana? —repitió Colman, perplejo, acercándose al balcón y mirando hacia el estanque—. ¿Helen? No es mi hermana, sino que la adoptó mi tío Reuben. Era hija de un viejo amigo de mi tío, y al morir el padre de Helen, mi tío prometió que la mimaría como a su propia hija. Han vivido juntos desde entonces. Bueno, échate y mastica un poco.

Buster Vernon bebió el café, alternando con mordiscos voraces a las jugosas frutas. Se había reclinado en la cama, mientras Colman paseando, decía:

—Vamos a charlar un poco de tu herida. Me ha explicado Helen que ambos visteis la huella del fantoche ese que llaman el «Terror del Desierto».

Asintió Vernon, masticando con ansia.

—No me preguntes quién demonios es el tal jinete, porque nadie lo sabe. Lo único que puedo decirte, es que el año pasado empezaron en Los Cedros los rumores acerca de un jinete fantasma, aterrorizando pastores y mineros. Los pastores mejicanos ya no se acercan, asustados y apaleados. Solo pueden contar que vieron aparecer un jinete vestido con sudario, montando un blanco caballo, y que, tras algunos latigazos, tendía el brazo señalando a lo lejos. Nunca una palabra ni una amenaza. Señala solo, a lo lejos, y viene del Desierto Vizcaíno. Algún minero quiso oponerse, y su caballo lo trajo a Los Cedros atrozmente fustigado a latigazos. Todo eso contribuyó a que ningún pastor ni minero ronde el Paso Prieto o sus contornos. Primero yo pensé que esto eran alucinaciones de mejicanos supersticiosos o de mineros borrachos, pero el balazo que por poco te mata, me hace creer en este «Terror del Desierto».

Interrumpiendo su paseo a un lado y otro, Brian Colman cruzó los brazos.

—Lo más extraño es lo que tú y Helen visteis anoche en el

sendero de Paso Prieto.

—¿La huella de los cascos?

—Eso es. Una herradura donde resalta en relieve una punta de flecha rota. Es un símbolo que aterroriza a los mejicanos. Una flecha rota es parte de una increíble leyenda de esta comarca. Una leyenda acerca de una inexorable maldición azteca... Es imposible encontrar un mejicano que acepte venir por esta comarca, ni siquiera de día, desde que aparecieron las primeras huellas de la flecha rota. Y si mi tío Reuben no hubiese traído consigo dos criadas mayas desde el Yucatán, no tendríamos aquí servicio.

—¿Es dialecto maya el que empleó anoche Helen con una india?

—Posiblemente, porque Helen y mi tío lo hablan a la perfección. Espero que puedas congeniar con mi tío. Es un científico, totalmente refractario a supersticiones. Un arqueólogo, y es sumamente feliz ahora, porque puede explorar un antiguo templo azteca subterráneo.

—¿También es arqueólogo el pelirrojo irlandés?

Río Colman antes de manifestar:

—Es difícil colocarle una etiqueta a Langlen. Ha estado en muchos sitios. Una especie de soldado mercenario, combatiendo en revoluciones por Centroamérica. Es leal como un dogo para mi tío, y estando sobrio es tolerable. Pero el licor lo hace peligroso, y es muy faldero. Por suerte, tanto Helen como Rosiyana no son asustadizas.

—¿Rosiyana?

—Es la hija de la criada maya que ayer se hizo cargo de tu caballo. Pero volviendo al que te hirió, si es el condenado jinete que atemoriza a los pastores y mineros, está pasando de la raya.

—Lo cierto es que se trata de un mal tirador, porque me disparó a corta distancia. Y en efecto, recuerdo que me pareció una sombra blanca, fantasmal. Pero ¿qué pretende con su disfraz?

—Puede ser un fugitivo de la justicia, que no desea que transiten curiosos por estos lugares donde hay muchos escondites. Sea lo que sea, no me agrada que contribuya a hacer aún más lúgubre estos contornos. Todavía no has podido apreciarlo, Buster... Llevas poco tiempo. Pero este mismo sitio, en diez millas a la redonda es llamado por los mejicanos Valle Cementerio. Un sitio ideal para vivir, ¿no?

Vernon estaba vistiéndose, y recordó la sensación de ambiente lúgubre, de tierra muerta que experimentó la noche anterior en la hondonada.

Brian Colman, sonriente, comentó:

—Hace seis años que no nos veíamos, y eres el mismo atleta silencioso, que nunca habla de sus propósitos, hasta realizarlos. Ahora mismo, apostaría que estás meditando tu plan para devolverle la caricia duplicada al «Terror del Desierto».

—Si te derriban de la silla, quemándote el cuero cabelludo por obra y gracia de un desconocido jinete que envuelto en sábanas intenta matarte, comprenderás que, sin ser rencoroso, el desquite es justo. Una agresión sin motivo justificado al parecer, pero no por ello menos cobarde. Y voy a tratar de verle la cara a este jinete fantasma. Aunque tenga que perder semanas hurgando rincones.

—Ha sido una sorpresa volver a verte, Buster; ya en tiempos pasados eras propenso a vagabundear sin meta fija.

—Esta vez, tengo una meta.

Hubo recelo en la ojeada de Colman, y añadió Vernon:

—Un ranchero de Seattle aludió a los pura sangre que poseen los ganaderos Guzmán, y buscando yo el camino hacia los pastos de los Guzmán, me extravié por el desierto.

Sonrió Colman:

—No estás lejos de la hacienda Guzmán. Cientos de acres desde las colinas al oeste, hasta el mismo litoral del Golfo. César Guzmán y su hermana administran la hacienda, desde la muerte del viejo viudo.

Y permíteme un consejo, Buster. Solo conmigo o con Helen podrás pasear por los alrededores. Ya te explicaré la razón... Vamos abajo a aprovechar el escaso sol que llega a este hoyo.

Descendieron las escaleras hasta el largo corredor donde la luz daba resaltes y sombras a las repulsivas figuras de ídolos.

—Para mi tío estos horrorosos mascarones representan la pura belleza —rio Brian Colman.

La puerta del despacho, en el que había estado Vernon la noche anterior, se abrió, y un joven llevando libros bajo el sobaco, volvió a cerrarla. Alto, rubio, de fino bigotillo, parecía un estudiante.

El corto pantalón y la camisa de tenis acentuaban su aspecto deportivo.

—Eric Grayson, secretario de mi tío —presentó Brian—. Buster Vernon, un antiguo amigo.

Ambos se estrecharon las diestras, y Vernon no exteriorizó su íntima sorpresa, al oír mencionar los nombres del juvenil secretario, que dijo:

—Bienvenido, Vernon. Me explicó Helen lo sucedido y es una vergüenza que puedan ocurrir cosas así, aun en esta región abandonada del resto del universo. Y usted, Colman, no debería

permitir que Helen diese paseos a solas, mientras siga cabalgando ese maníaco que los nativos llaman el «Terror del Desierto». ¿Por qué no pedir al Gobierno federal, que envíe agentes?

—Y mi tío estará muy contento, seguro —opinó Colman con mueca irónica—. Lo que más aborrece precisamente, es que alguien meta las narices por aquí.

Eric Grayson alzó los hombros y, señalando otra puerta anunció:

—Voy a sumirme en los libracos. Nos veremos luego.

Cuando el secretario del arqueólogo hubo cerrado aquella puerta, comentó Colman:

—Un pájaro petulante, acabado de salir del colegio. Técnico en cuestiones aztecas.

Al exterior, en la veranda, había varias mecedoras. De día ya no alentaba nada misterioso en aquel lugar y, reclinándose en la mecedora, Buster Vernon, examinó libros y revistas colocadas en un rimero.

—Tengo que volver a mis ocupaciones, viejo. Nos veremos luego.

Por unos momentos, Vernon hojeó revistas atrasadas. Después, cerrando los ojos trató de enlazar los acontecimientos. El disparo que por un escaso centímetro, no le había impedido proseguir su viaje. La venda en los ojos. La reticencia de Brian Colman, hablando de las actividades de su tío Van Dyne, y por último la aparición de Eric Grayson.

Eric Grayson, el último hombre que había visto con vida a Preston Weber.

La tibieza del sol era agradable, y continuó con los ojos cerrados, pero entreabriendo las pestañas lo justo para poder ver a la que se aproximaba caminando silenciosamente.

Helen. Femenina pese a su atuendo de pantalón tejano, mocasines y blusa amplia. Mirándole, al detenerse a tres pasos, con rara expresión. Con inquietud, y a la vez como deseando una amistad... Vernon abrió los ojos iniciando el movimiento de levantarse. Sonrió ella:

—Los inválidos tienen privilegios. Siga sentado. ¿Se encuentra bien?

—Magníficamente, tomando el sol como un perezoso lagarto.

Se sentó ella enfrente, abrazándose una pierna.

—Tiene buen aspecto, y le ha vuelto el color. Ayer estaba cenizoso, pero ya se notaba que no era usted un hombre fácil de matar ni a traición. Envidio a los hombres. Son libres de recorrer mundo...

Había una expresión de tristeza en los almendrados ojos y, sin

darse cuenta, brotó la pregunta en labios de Vernon:

—¿No es feliz aquí, Helen?

—Es como estar en un pozo. ¿Ve este sol? Antes de dos horas ya habrá desaparecido oculto por la montaña, y de nuevo sombras, penumbras... Quizá sea yo una adoradora del sol. Por ello, siempre que puedo cabalgo fuera de este pozo.

—¿Por el valle donde nos conocimos?

—Y también por los llanos dónde está la mansión de los Guzmán, nuestros únicos vecinos. Me gusta cabalgar aquellos llanos. Sin sombras, con sol...

Apareció Brian Colman con su característico paso nervioso.

—¿Dónde está Langlen, Helen?

—Le vi partir al galope, como si tuviera mucha prisa.

Río Colman, guiñándole a Vernon:

—El irlandés sospecha que puedas tener malas ideas con referencia a este trabajo secreto.

—¿Qué secreto trabajo? —inquirió Vernon.

—¿No te contó la niña el motivo por el que te vendó los ojos?

—No es nuestro secreto —protestó Helen—. Y tu amigo sabrá comprenderlo.

Buster Vernon asintió, y viendo que la pausa silenciosa se prolongaba, indagó:

—¿Siempre juntos estos seis últimos años acompañando al fanático arqueólogo?

—Salvo cortas temporadas en colegios cuando tío Reuben hacía escala en alguna pequeña ciudad, yo solo recuerdo junglas, montañas y desiertos por dónde tío Reuben buscaba templos inexplorados. Templos mayas —contestó Helen.

—Y te gustó hasta que llegamos aquí, ¿no? —preguntó Colman.

—Es que empecé a pensar que había otra clase de existencia mejor que vagabundear por sitios inhabitados. A ratos, odio todo esto.

Abarcó en amplio ademán el cerrado espacio entre paredes montañosas.

Vernon percibió que su amigo observaba críticamente a Helen.

—Tío Reuben estaría perdido sin ti, muchacha. Eres su mano derecha.

—Espero que pronto Eric Grayson pueda ser el secretario ideal —y poniéndose en pie, añadió ella—: Me levanté de mal humor hoy. Excusadme.

La vieron alejarse, y murmuró Colman:

—No se puede reprocharle que esté harta de un sitio tan poco

acorde con su juventud. Y deseo que pronto pueda yo llevármela lejos de aquí.

Al mediodía el sol había desaparecido, ocultándose tras el paredón elevado. Y un gongo resonó. Brian Colman acompañó a Vernon hasta la esquina este de la casa.

Un comedor, donde ya estaban sentados Van Dyne y Grayson.

—Celebro que esté ya en forma, Vernon —declaró Van Dyne, afectuosamente—. Y ahora a recuperar glóbulos rojos.

Dos indias iban y venían en silencio, deslizándose sobre los desnudos pies, sirviendo la mesa con eficacia. La más gruesa era la que la noche anterior había recogido las bridas.

La joven, Rosiyana, tendría apenas dieciocho años. De negrísimos ojos orientales, gruesos labios, trenzas y erecto busto, tenía una extraña belleza.

Vio Vernon que el arqueólogo adelantaba el labio inferior en mueca burlona.

—¿Le sorprenden mis criadas, Vernon? Son descendientes de Maya, y asistí personalmente al nacimiento de Rosiyana. Su padre fue mi primer ayudante y guía. Ya lo conocerá. No hay mejor centinela.

—¿No tienen ellos miedo del jinete fantasma?

—Tal vez, pero como no les ha hecho ninguna de sus apariciones, se dan cuenta que no es enemigo.

Eric Grayson, el secretario, agitó el tenedor.

—Acaba de decir algo, muy significativo, señor Van Dyne.

—¿Sí? ¿Qué he dicho, jovencito?

—Que el «Terror del Desierto» nunca sopla sobre esta hacienda.

—No veo en ello nada de extraño, Grayson. Tampoco ha soplado su terror en el rancho de los Guzmán. Por lo que cuentan, solo hace acto de presencia con los pastores y mineros vagabundos, o ante un jinete viajero como nuestro huésped. Bien, todas estas historietas son menos interesantes que los restos de la civilización maya.

Y hasta el final de la excelente comida, solo se habló de los mayas. Helen apareció a media comida, tomando parte animadamente y con mucho conocimiento de la materia, en la científica controversia.

Buster Vernon aseguró que sestaría gustoso en la veranda. Y se adormiló, para despertar súbitamente, consciente de que alguien, muy cerca, llevaba rato acechándole.

CAPÍTULO IV

Despertó súbitamente, pero solo entreabriendo en rendija los párpados. Una espléndida figura de mujer. De luminosos ojos negros, largas pestañas, carnosos labios, negrísimo cabello trenzado en diadema, alta, de opulento cuerpo, vestido por el traje de amazona, de corte indudablemente firmado por un famoso modisto.

El rostro tenía un moldeado pleno, sensual, de fina nariz y blanquísima tez. Un porte arrogante, racialmente señorial.

Buster Vernon abrió los ojos, y la amazona en cuya muñeca pendía un largo látigo, manifestó calmosamente.

—He venido a ver a Helen. Pero me resulta usted más interesante, «señor»...

La última palabra fue dicha en español. Y los maravillosos ojos negros se posaron en el vendaje.

—Me llamo Buster Vernon —replicó él, también calmosamente.

—Está herido.

—Superficialmente, aunque no fuera esta la intención del jinete apodado «Terror del Desierto».

Pestañeó ella, haciendo una rápida señal de la cruz al murmurar:

—Pero ¿por qué le atacó a usted ese... espectro?

—Los espectros no suelen emplear armas de fuego, «señorita» —subrayó también en castellano.

Helen Harris acudió, y ambas mujeres se besaron: en el clásico toque de mejillas femenino. Dijo Helen:

—Mi amiga Bárbara Guzmán, y este vendado «señor» es Buster Vernon, que fue a la escuela en Oregón con Brian. Y el responsable de que se halle aquí, es tu hermano.

—¿César? —preguntó la mejicana con asombro.

Asintió Vernon, comentando:

—Los pura sangre de la hacienda Guzmán tienen fama hasta en la frontera canadiense, señorita. Un ranchero me encomendó viniera a seleccionar varios pura sangre.

Los carnosos labios de Bárbara Guzmán avanzaron en mohín de fastidio.

—¡Pura sangre! Es una verdadera calamidad... El primer hombre interesante que aparece por aquí, y ha venido para elegir caballos. Mi hermano está al llegar, y podrán charlar de caballos,

piensos y demás temas.

Se habían sentado las dos, y formaban un gran contraste. Helen, esbelta, aniñada, de natural alegre. La mejicana, lánguida, sensual y pese a su aparente serenidad muy capaz de amar y odiar intensamente, pensó Vernon.

—César Guzmán —anunció Helen Harris.

Un hombre alto, flexible en su delgada fibrosidad, vestido a la mejicana, ceremonioso, que se mostró halagado de que el «señor Vernon hubiese efectuado tan largo viaje para poder admirar los mejores pura sangre».

Sin fanfarronería habló de la antigüedad de su hacienda, y Vernon demostró sus conocimientos en ganadería. Las dos muchachas nadaron en la piscina. Perezosamente Bárbara Guzmán, complacida en exhibir su escultural plenitud de rotunda femineidad.

Y estaba diciendo César Guzmán que Vernon le honraría si visitase su hacienda tan pronto estuviera repuesto, cuando apareció Colman, gritando:

—¡Un gran hallazgo! Tío Reuben y Grayson están al borde de la histeria. Han hallado cerbatanas aztecas, con sus flechas envenenadas, y dos frascos de veneno herméticamente cerrados. Dice tío Reuben que nadie ha encontrado todavía el secreto del veneno azteca. ¡Un gran hallazgo!

Buster Vernon siguió a Colman, acompañado de César Guzmán. En la estancia despacho, Van Dyne examinaba con una lupa un cilindro de un metro de largo por apenas unos centímetros de ancho. También Grayson con otra lupa estaba absorto, mientras tras ellos dos, el pelirrojo Langlen iba pasando un trapo por el metal de lo que parecían dos frasquitos.

—Dardos que nadie ha descubierto aún —dijo excitadamente Van Dyne, señalando unas flechitas sobre la mesa—. Los aztecas las colocaban en este tubo impregnándolos de un veneno activísimo, que producía la muerte fulminante. Este veneno...

Brian Colman había cogido uno de los frasquitos, y sacudiéndolo, opinó:

—Con tantos años transcurridos, el veneno será ya inactivo...

Casi reverente, Reuben van Dyne cogió el otro frasquito, replicando:

—Los aztecas conocían el arte de preservar por siglos unos elixires, y este veneno es fascinante. Nadie sabe su fórmula. Y nadie halló estas cerbatanas, que empleaban los altos sacerdotes, ocultándolas al resto de los aztecas.

Con un agudo estilite, cortó el lacre del gollete, levantándolo cuidadosamente. Un olor ácido, fuerte y penetrante, ascendió del frasquito.

César Guzmán retrocedió y, riendo, expuso Van Dyne:

—Son venenos que solo actúan si penetran en la sangre.

Insertó la punta de un dardo en el frasquito, sacando la flechita bañada en su punta por un pegajoso líquido amarillento.

—Tras tantos años —repitió Colman— el veneno habrá perdido su potencia.

—Quién sabe... —murmuró Van Dyne, abriendo una jaula de la que sacó un pájaro.

Actuó con rapidez. Con la precisión de un investigador en su laboratorio, hincó la diminuta flecha en el cuerpo del pájaro.

Sostuvo en su mano el cuerpecillo que aleteaba y se removía. Y apenas había hincado el dardo, dijo complacido:

—Es fascinante, señores. ¡Podré publicar mi hallazgo del veneno que empleaban los sacerdotes aztecas!

El pájaro inerte, rígido, sin vida, yacía sobre la mesa.

Horas después en su alcoba, Buster Vernon, que había pretextado dolor de cabeza, pensaba en Reuben van Dyne. Cruelmente fanático, hablando de los sanguinarios aztecas adoradores de la muerte, como de viejos amigos. Cuidando de un pajarito, no para su personal entretenimiento, sino como cobayo experimental. Y durante la cena, conferenciando sobre el atraso que hubiera sufrido la civilización, si egipcios, mayas y aztecas no hubiesen sacrificado millares de esclavos para construir sus templos.

De vez en cuando, la honda ojeada de Bárbara Guzmán se posaba en él, Buster Vernon, «hombre interesante». Eric Grayson y Rolf Langlen no asistían a la cena.

Helen Harris y Brian Colman propusieron que los Guzmán pernoctasen en la hacienda, y ellos aceptaron. Seguramente, seguían jugando al *bridge*.

Pero al asomarse al balcón, Vernon no vio a las dos parejas. En cambio, a un lado del estanque, paseaba lentamente Eric Grayson, solo.

Buster Vernon conocía ya el otro tramo de peldaños, que daba acceso al patio exterior, sin pasar por el lóbrego corredor donde estaban los «laboratorios»; del arqueólogo. Y salió.

Eric Grayson se detuvo, sorprendido, al reconocer en la penumbra a Vernon.

—¿Insomnio? —inquirió Grayson—. Yo también, y Van Dyne

estará despierto toda la noche con su descubrimiento sensacional. Lo malo es que solo Van Dyne y el diablo saben cuándo conocerá el mundo científico la historia de este descubrimiento.

—¿Por qué no lo publicará Van Dyne tan pronto sea posible?

Sonrió enigmáticamente Grayson al manifestar:

—Puede que él no lo considere conveniente... todavía.

Buster Vernon olvidó la arqueología y sus misterios. Atacó directamente:

—¿Hace tiempo que reside aquí, Grayson?

—Casi un año. ¿Por qué?

—He estado pensando que puede ser usted el hombre que un amigo mío mencionaba en una carta hace pocos meses. Se llamaba Presten Weber.

Dilatados los ojos, Eric Grayson miró en torno, susurrando:

—¿Conoció usted a Preston Weber?

—Era mi mejor amigo. ¿Estuvo aquí?

—Aquí, no. Pero sí en Los Cedros.

—¿Sabe lo que fue de Weber?

—Supongo que regresaría a su punto de origen, ¿no?

Parecía muy sincero Eric Grayson...

—Presten Weber, poco tiempo después de escribirme su última carta, fue asesinado, Grayson.

—¿Asesinado? —y Grayson solo expresaba incredulidad y asombro.

—No se encontró su cadáver, pero desapareció, y un hombre como Preston Weber solo muerto habría dejado de comunicar conmigo.

—Y usted ha venido para... investigar.

—Era mi mejor amigo.

Tardó Grayson en preguntar:

—¿Dice usted que en su última carta me mencionaba Weber?

Apoyó Vernon su mano en el hombro del rubio y juvenil universitario.

—Usted puede ayudarme, si quiere. Y se trata de algo mucho más importante de lo que pueda imaginarse. Dígame, ¿llegó Weber hasta aquí?

—Creo que sí... Al menos, él conocía este lugar, puesto que me habló del estanque. Oiga, Vernon, si Weber fue asesinado, esto explica...

Se interrumpió mirando de nuevo en torno, como queriendo penetrar las tinieblas circundantes, solo quebradas por el sesgo difuso de luz brotando del corredor central, alejado medio centenar

de metros.

—No podemos hablar aquí, Vernon.

—¿Por qué no? Estamos solos.

—No se está nunca solo... aquí. Hay ojos al acecho, oídos tensos... Pero es preciso que yo le cuente lo que sé, antes que suceda algo irremediable. Espéreme entre once y media y medianoche en su alcoba. Iré sin falta.

—Escuche, Grayson...

Pero el secretario del arqueólogo señaló dos siluetas en el umbral del corredor. El gigantesco irlandés pelirrojo y Brian Colman.

Ya no estaba Grayson a la vista, cuando Brian Colman, aproximándose, dijo:

—Si tienes demasiado calor en tu habitación, puedes airearla. Te enseñaré el dispositivo que monté. Refrigeración indirecta por tubos entre los paneles de madera.

—Paseaba un poco, para no anquilosarme las piernas. ¿Y los Guzmán?

—Estarán ya durmiendo, como Helen.

—Pues a lo mismo voy.

En su alcoba, tras oír la explicación de Colman acerca de la aireación indirecta por él instalada, Vernon a solas, miró con impaciencia el minuterio que, con lentitud, iba contando los lapsos de tiempo.

A las once y cuarenta minutos, no pudo esperar más. Conocía ya la distribución de las ocho alcobas en el largo rellano acristalado.

En la última, ocupada por Eric Grayson, la rendija bajo la puerta perfilaba una raya de luz interior. Y, de pronto, el nocturno silencio fue roto por un agudo grito.

Prolongándose en alarido de terror.

Y brotaron luces, abriéndose puertas, en confuso rumor de frases. Van Dyne, en pijama, parecía estar aún adormilado. Brian Colman, vestido, esgrimía su revólver. A su lado, Rolf Langlen también vestido, miraba con evidente agrado a Bárbara Guzmán, envuelta en fino salto de cama. Helen Harris apareció cubriéndose con un batín.

Buster Vernon, pies desnudos, siguió avanzando.

—¿Quién ha sido? —preguntó Van Dyne.

—Grayson... Creo que Grayson —dijo César Guzmán.

Brian Colman corrió hacia la única puerta cerrada, tratando de abrirla. Le apartó Langlen, que en recio empujón con el hombro penetró en la habitación.

Buster Vernon oyó la exclamación que lanzaba Colman y, entrando, le vio arrodillarse junto a un cuerpo tendido.

Con un grito de horror, Bárbara Guzmán señalaba la garganta del hombre que yacía boca arriba.

Eric Grayson, el joven secretario de Van Dyne, tenía los ojos dilatados y vidriosos, revelando en su mortal fijeza, un terror infinito.

De su garganta sobresalía la quebrada varilla de una flecha azteca.



El revolver voló de su mano...

CAPÍTULO V

En torno a la hincada flechita la piel se ennegrecía, y en la habitación, pese a la abierta ventana, flotaba el punzante olor del veneno azteca.

Buster Vernon salió a la balconada. Otras tantas puertas-ventana daban a la fachada, separadas tan solo por un macetero de un metro de alto.

Se inclinó Vernon. A la luz lunar resaltaba la escalera de mano, apoyado su último barrote en el reborde del balcón correspondiente a la alcoba de Eric Grayson.

Regresando al interior, vio Vernon cómo Van Dyne, asiendo por los codos a las dos mujeres, las obligaba a abandonar el cuarto. En la cama sin deshacer, Brian Colman y Langlen habían depositado a Grayson.

Pasó Vernon a su cuarto para coger una linterna eléctrica, y bajando salió al exterior, proyectando el haz de luz al pie de la escalera de mano. Después de girar el foco en círculo, lo proyectó en los peldaños.

Al volver a la habitación de Grayson, se hallaban en el balcón Guzmán y Langlen, mientras Colman, que había retirado la flechita, la tendía a Van Dyne. Este, olfateando, dijo impasible:

—No hay duda que han matado al pobre muchacho empleando «mi» flecha.

—Y una de sus cerbatanas —añadió Vernon, señalando el cilindro de mosaico azul en el suelo, bajo una silla.

La recogió Van Dyne, refunfuñando:

—Nada hacemos aquí. Vamos a mi estudio. Y usted, Guzmán, cuídese de tranquilizar a las chicas.

En el despacho, Van Dyne encolerizado, mostró un estante. Solo había una caja de cartón vacía.

—Me han robado las flechas. ¡Un canalla ladrón!

—Que es un asesino, además —puntualizó Langlen.

Brian Colman, sentado en una esquina de la larga mesa, murmuró:

—Resulta extraño... El asesino empleó una escalera, lanzó el dardo envenenado y volvió a bajar por la escalera...

Buster Vernon, encendiendo un cigarrillo, dijo pausadamente:

—No, Brian. Alguien puso la escalera, pero nadie bajó por ella.

—¿Cómo... cómo es posible? —quiso saber Colman, incrédulo.

—Pueden comprobarlo ustedes mismos. Hay suficiente polvo en los peldaños y huellas de pies en ellos. Pero las manos estaban enguantadas. En la base de la escalera hay huellas de mocasines, cuya puntera demuestra que, si bien subieron, no volvieron a bajar, porque las marcas solo señalan un camino. Desde el cuarto de herramientas hasta la base de la escalera. Y ningún asesino perderá el tiempo marchando hacia atrás y pisando cuidadosamente sobre sus anteriores huellas. No pudo salir por la puerta de la habitación de Grayson, porque estaba yo en el rellano cuando resonó el grito.

Reuben van Dyne, acariciando la calavera, comentó:

—Tiene usted grandes dotes para la deducción, Vernon. ¿Sugiere que el asesino está en la hacienda? ¿Para qué, entonces, fue a buscar una escalera si no pensaba emplearla para escapar?

—El asesino se encontró con una inesperada sorpresa. Creía, posiblemente, que el veneno actuaría fulminante. Como con el pajarillo... y seguramente había planeado matar, recoger la escalera, y regresar tranquilamente a su habitación. Pero el veneno tardó unos segundos en fulminar a Grayson. Este gritó, despertando a todos. El asesino no podía correr el riesgo de ser visto al descender por la escalera, y prefirió pasar por la balconada hasta su propia alcoba.

—Rolf. Registra todas las habitaciones... —conminó Van Dyne.

—No es preciso. Ya lo hice —atajó, calmamente. Vernon.

—Su lógica es aplastante, Vernon, y nos enfrenta con un desagradable problema. Entre nosotros hay un asesino. Un maniaco... ¿Quién pudo tener interés en matar a Grayson?

Brian Colman dijo sombríamente:

—No puedo soportar la idea de que Helen... o cualquiera de nosotros, se halle bajo la amenaza... Debes quedarte hasta resolver esto, Buster.

—En efecto, Vernon, inténtelo —pidió Van Dyne—. Lo prefiero a tener que llamar a la policía federal mejicana.

—De acuerdo, pero a condición de que la habitación de Grayson quede cerrada con llave y nadie entre en ella. Y le ruego, señor Van Dyne, que no deje este despacho abierto. De todos modos, esta noche nada resolveremos con pasarla despiertos.

—Pero ¿qué motivo pudo existir para matar a Grayson?

Rolf Langlen se mantenía en taciturno silencio. Buster Vernon alzó los hombros mirando a Van Dyne.

—Me dijo usted que un criado maya vigilaba el exterior.

—Sí. Y Guaymo, desde que oscurece hasta el amanecer,

permanece en una choza del paso, vigilando.

—¿Dónde duermen Rosiyana y su madre?

—Tras la cocina, junto al establo... ¡Pero es imposible que...!

Rolf Langlen intervino:

—Saben manejar la cerbatana, y pudieron considerar a Grayson algo así como un sacrilego, ya que fue él quien halló el veneno, las flechas y las cerbatanas.

Buster Vernon, dirigiéndose a la puerta, indicó:

—Las teorías extravían, señores. Con el día veremos más claro. Buenas noches.

Le acompañó Colman, que mientras se quitaba Vernon las botas, comentó:

—Es incomprensible, ¿no?

—Por ahora, durmamos, Brian.

—Tienes razón. Lo hemos de intentar, al menos... Buster Vernon se deslizó entre las sábanas, y Colman, con semblante preocupado, le dio las buenas noches, cerrando la luz y la puerta.

La hacienda tenía su propio generador, pensó Vernon abandonando la cama, y revistiéndose rápidamente. Por eso oscilaba el fluido.

Se ciñó el cinto pistolera y, recogiendo la linterna, salió al balcón. No había resplandor más que en dos habitaciones.

Agazapado, pasó ante tres puertas. Se detuvo para tenderse en el suelo. Había visto a César Guzmán de espaldas, dando frente a Helen y Bárbara.

Reptando, siguió hasta el macetero más próximo. La luz procedente de la habitación de Colman se apagó.

Al llegar al extremo de la balconada, Vernon había ya elegido su puesto de observación. El entrante formado por el abierto ventanal y la corrida cortina.

Permaneció allí en pie, con el estoicismo de un piel roja al acecho. En la penumbra fue perfilándose el contorno del cuerpo muerto. Casi el de un muchacho que horas antes, tenía la petulante vitalidad de un juvenil estudiante. Transcurrieron dos largas horas.

Y por la terraza-balcón se fue aproximando el amortiguado deslizarse de unos pies desnudos. El círculo de luz producido por una linterna recorrió, lentamente el suelo de la habitación.

Se estabilizó en una mesita sobre la que había una máquina de escribir portable. Iluminando una gaveta metálica en cuyos tres compartimientos había carpetas, folios, caja de papel carbón.

Una mano nerviosa de dedos ágiles, fue manipulando, hasta abrir una carpeta. Extrajo una hoja...

Buster Vernon acabó de apartar el cortinaje y sus desnudos pies llegaron junto a la mesita, sin que el intruso pudiera oírlos.

Pulsó Vernon el interruptor, y la luz inundó la alcoba, deslumbrando a Brian Colman. Que rígido, tardó en apagar su linterna y guardarla en el bolsillo del batín.

—¿Qué... haces aquí, Buster? —inquirió ceñudo.

—Exactamente lo que me has pedido, Brian. Trato de encontrar al que le dio eterno sueño al muchacho que allí parece dormir.

—No lo encontrarás aquí...

Buster Vernon miraba la zurda de su amigo, crispada en torno a un papel.

—Dame eso, Brian. Tiene que ser importante, cuando ha motivado tu nocturna visita.

Brian Colman retrocedió unos pasos hacia el balcón. Pero Vernon se le anticipó, y cerrando los batientes, siguió mirando con fijeza a su amigo.

—No quiero... ¿qué derecho tienes tú...? —balbució Colman.

—Voy a decirte cuáles son mis derechos, Brian. Aproximándome a esta hacienda, un jinete me disparó a muerte. Y estoy casi convencido que la muerte de Grayson está relacionada con el disparo que casi me elimina. Por lo tanto, tengo un doble motivo para echarle un vistazo a ese papel. ¿Me lo das por las buenas, o tenemos que pelear, Brian?

Brian Colman arrojó el estrujado papel hacia Vernon, diciendo rabiosamente:

—Tendré que explicarte cosas que no pensaba revelarte... Pero por lo que más quieras, salgamos de aquí. Me impresiona verle...

Y señaló la cama, donde Eric Grayson yacía en la quieta indiferencia de la muerte.

Por el rellano precedió Vernon a Colman hasta su habitación, cuya puerta cerró, mientras Brian, sentándose, apuntaba al estrujado papel que Vernon conservaba en la mano.

—Es una copia de la carta que Grayson escribió a la comisaría federal de Puerto Peñasco. En ella relata las excavaciones que mi tío ha realizado sin permiso de las autoridades mejicanas. Si esta carta hubiese llegado a poder del destinatario, habría significado la ruina de largos meses de esfuerzos. El fracaso de una tarea a la que dedicó tío Reuben todo su entusiasmo. Todo sería confiscado, y mi tío iría a la cárcel.

—Has dicho... «si esta carta hubiese llegado». ¿No llegó?

—Me di cuenta que Grayson pensaba escribir denunciando la clandestinidad de estas excavaciones. Y pude interceptar la carta.

La quemé.

—Entonces, ¿para qué querías la copia?

—Supuse que por la mañana, tú registrarías a fondo la habitación de Grayson y encontrarías esta copia. Deducirías que Grayson era una amenaza para la tarea en la que mi tío Reuben ha puesto más cariño que en su propia vida. Pensarías que el fiel maya, inducido por mi tío... En fin, podrías creer que mi tío, en su obsesión científica, no titubearía en considerar a Grayson una amenaza. Pero he vivido largo tiempo con Reuben van Dyne. Si ha de matar a alguien no emplearía subterfugios.

—¿Cómo sabías que Grayson iba a enviar una carta denunciando la ilegalidad de estas excavaciones?

—Vino aquí creyendo que mi tío había obtenido el permiso de las autoridades mejicanas. Cuando supo que no era así, y que los hallazgos iban siendo cada vez más importantes, me dijo que su reputación, su integridad, su futuro... Traté de persuadirle, ofreciéndole una cantidad. Sí, no tuve el menor escrúpulo, en sobornarle, y él prometió que no tomaría una decisión sin avisarme por anticipado. Pero yo le vigilaba. Le vi colocar una carta en la valija de correo que Langlen lleva una vez por semana a los Cedros. Alcancé a Langlen, cogí la carta y la quemé.

—¿Quién más supo esto?

—Todos nosotros. Solo que pedí no dijeran nada. Te expuse ya que Guzmán está asociado con mi tío...

—Por mí, sigue siendo un secreto, si me prometes no ocultarme ya nada. Recuerdo que eras impulsivo y tenías demasiadas iniciativas, Brian. Es preciso que domines tu carácter emotivo, y hemos de colaborar si quieres aclarar las cosas.

—Con toda mi alma, viejo —exclamó Colman.

—Entonces, hazme caso, y a dormir. Falta poco para que amanezca.

Buster Vernon cerró el balcón y encajó un sillón tras la puerta. Medidas de elemental prudencia.

CAPÍTULO VI

Renovando a Vernon el apósito, Brian Colman le fue explicando que los Guzmán habían regresado a su rancho. Convencidos, como todos los demás, que el asesinato de Eric Grayson era obra del jinete del desierto.

Unas huellas muy claras de la herradura con su flecha rota en resalte bordeaban el estanque allá donde había tierra blanda. También se hallaban en el paso de acceso.

Van Dyne había dado la explicación simbólica de aquella flecha rota: una maldición azteca sentenciando a muerte inexorablemente a los que se atrevieran a profanar sus templos y cementerios.

César Guzmán había prometido que emplearía a algunos de sus peones en constantes batidas por Paso Prieto, y los «paspas» del desierto, especie de oasis en hondonadas.

—Ya no necesitas vendaje, Buster. Y mi tío está de acuerdo en que tengas libertad de acción. Ya no es preciso, tampoco, vendar tus ojos.

—Emplearé parte del día en explorar Paso Prieto.

—Como quieras... Y antes que se me olvide: Guzmán ha insistido mucho en que espera con impaciencia tu visita. Bárbara también ha insistido. Una hermosa mujer, ¿no?

—Demasiado casi, porque resulta abrumadora. Entonces, ¿tú también crees que ese misterioso jinete robó las flechas, una cerbatana y el veneno? ¿Entrando con su sudario en el despacho de Van Dyne?

Brian Colman, alzándose de hombros, contestó:

—Todo queda sin resolver, pero tú sabrás hallar las pistas. Vuelvo con mi tío. Por cierto, Langlen ha ido a Los Cedros. Seguramente para agarrar una de sus monumentales cogorzas.

Minutos después, ensillando su alazán, Vernon abandonó el establo. Al extremo del estanque, junto al arroyuelo que desaparecía por una grieta en el paredón rocoso, esperaba Helen Harris a caballo.

Sonrió con la sincera complacencia de una adolescente, al decir con la misma franqueza:

—Me agrada verle sonreír, Buster. Y más cuando es tan parco en hacerlo. Yo sé que usted terminará con la amenaza que supone ese jinete, que puede muy bien ser como sugiere Langlen, un mejicano

supersticioso, residente en Los Cedros, y enemigo de los que puedan encontrar cualquier resto de templos y cementerios antiguos.

—Usted no piense en nada de todo eso. ¿Puede indicarme el camino para llegar hasta la hacienda de los Guzmán?

—Y acompañarle también. César estará muy contento de verle. Es casi para él un insulto, que no acudan anhelantes a visitar su rancho.

El estrecho paso abierto en la montaña quedaba casi invisible a cien metros de distancia, porque la brecha de acceso estaba tallada en diagonal. El Valle Cementerio, aun de día, merecía su nombre.

El cerco de montañas, rodeándolo, le privaba del sol. Más allá en terreno que se elevaba paulatinamente parecía alentar en la atmósfera un aire puro. Era como revivir.

El rancho de los Guzmán se extendía en muchos acres descendiendo las laderas de Sierra Vizcaíno hasta el litoral del Golfo de California.

César Guzmán estaba orgulloso de su linaje y fue velado su reproche al aludir a su hermana, que solo deseaba pasar largas temporadas en ciudades como Los Ángeles, San Francisco, Miami...

Helen Harris, sin proponérselo, hacía resaltar aún más con su aspecto de juvenil candor, la sutil perversidad que emanaba de la mejicana.

Fueron recorriendo las caballerizas, verdaderamente interesado Vernon en la contemplación de los hermosos ejemplares.

El capataz, llamado Juancho, era un mejicano cincuentón, de siniestro aspecto. A instantes, mirando al dueño del rancho, sus ojos reflejaban una intensa devoción, como la de un perrazo fiel.

Tras el excelente almuerzo, Helen Harris admitió que una siesta le convendría, porque había dormido poco. Fue la única alusión a la muerte de Grayson. A solas con Bárbara Guzmán, Vernon opinó que el rancho y la mansión constituían una propiedad envidiable.

—Para hombres como mi hermano, tal vez. Para mí, es soportable residir en este lugar un mes por año. Y solo podría permanecer más tiempo, si encontrase al hombre que me inspirase deseos de vivir tan apartada de las diversiones que ofrecen las capitales.

Era insinuante el tono. No cabía duda que la mejicana sentía el deseo de confirmar su dominio de mujer seductora. Temperamental y caprichosa, pensó Vernon, y realmente embriagaba los sentidos como un denso perfume.

—Una mujer como usted permanece soltera porque prefiere ser libre.

Río ella:

—Tal vez por esta misma condición, no es usted casado. ¿O lo es? En realidad, nada sabemos de su pasado, Vernon. Ha aparecido usted misteriosamente.

—Sobran misterios. Yo vine a adquirir unos ejemplares reproductores.

—¿Y no le gusta esta comarca?

—Lo que abarca mi vista, sí.

Sonrió ella porque la mirada masculina era elocuente. Y en pie, Buster Vernon añadió, acercándose:

—Conocí en Fresno una mejicana arrogante. Parecía pedir besos, y los incautos que lo intentaban, recibían con un bofetón y arañazos, una intensa humillación. Un juego exasperante, Bárbara... para un hombre como yo.

—Intente saber si juego o no. Posee usted mucho atractivo, y no lo ignora. Casi juraría que Helen empieza a enamorarse de usted. ¿A dónde va?...

—A despejarme. Estoy aún muy débil —rió Vernon.

Se apresuró a montar, para alejarse al galope. Con una mujer caprichosa, el mejor triunfo, aunque costoso, era la huida.

Comprobó lo que deseaba averiguar. Uno de los lindes del extenso rancho, comunicaba con la caliza superficie desolada que era el Desierto Vizcaíno.

César Guzmán, dispuesto a no consentir que el hallazgo de minas o templos atrajera una avalancha de buscadores, ¿no podía ser el jinete misterioso?

La misma Bárbara, caprichosa, descendiente de tiránicas matronas, ¿no podía hallar deleite en aterrorizar?

Ambos hermanos, la noche anterior habían tenido acceso al veneno. Y posibilidad de llegar por la balconada a la alcoba de Grayson.

Al regreso, y en uno de los altos para dar descanso a los caballos, Helen comentó, en tono demasiado trivial:

—Además de muy bonita, Bárbara es inteligente. Ha conocido muchas ciudades, y ha desdeñado a muchos pretendientes. Me gustaría ser como ella.

—Y perdería usted todo su encanto. Helen. Si yo fuera poeta diría que Bárbara es como la orquídea. Gusta admirarla un instante y de lejos, porque a la larga, su perfume embrutece. En cambio, usted es como la violeta. Un tenue aroma, una fragancia que refresca y nunca cansa...

Encubrió ella su halagado sonrojo haciendo un ademán hacia el

cerco de montañas rodeando Valle Cementerio.

—Rolf Langlen está loco por Bárbara.

—Yo creo que el irlandés se pone loco oyendo el susurro de cualquier falda.

—He aludido a Langlen, porque un peón de los Guzmán vino a media tarde, de regreso de Los Cedros. Ha explicado, mientras estaba usted paseando, que Langlen había llegado al amanecer, y cursó un telegrama, permaneciendo en telégrafos toda la mañana. Bebiendo allí mismo, hasta que hizo lo de siempre. Buscar pelea, y salió del poblado, después de una reyerta con tres mejicanos. Un día lo matarán... aunque él dice que solo pelea un par de veces por mes, para desentumecerse los músculos. ¿Usted... cree posible que él matase a Grayson?

—No creo que emplease tantos rodeos... Es brutal, pero por eso mismo, no se le ocurrirían métodos complicados.

Llegando a la hacienda, tradujo Helen lo que acababa de decirle Rosiyana.

—Mi tío y Brian han dado sepultura a Eric Grayson. Es penoso pensar que el pobre muchacho...

Se alejó ella para ocultar sus repentinas lágrimas, Y a la cena solo asistieron Van Dyne y Colman. El arqueólogo estaba ensimismado en sus pensamientos.

Al terminar oyeron a un jinete deteniendo su caballo ante el establo, y poco después en la veranda, Brian Colman y Buster Vernon presenciaban el tambaleante paso de Rolf Langlen, dirigiéndose al estanque en cuyo borde se arrodilló para remojar, hundiendo la cabeza hasta los hombros.

Había perdido el sombrero, tenía la camisa rasgada, y lucía el hematoma de un puñetazo en una oreja.

Pasó cerca de los dos amigos, emitiendo un gruñido por saludo.

—Un buen sueño le despejará —comentó Colman.

Pero media hora después, Buster Vernon, que se disponía a entrar en su habitación, se detuvo al oír un resuello entrecortado. De pronto, abrióse la puerta de la habitación perteneciente a Rolf Langlen.

Rosiyana, la joven maya, intentaba huir... Dos velludos brazos se tendieron reteniéndola por las manos, atrayéndola de nuevo. Ella forcejeaba con felina elasticidad, zafándose del brutal abrazo que pretendía imponer Rolf Langlen.

—Quietas las zarpas, irlandés.

La sorpresa hizo que Langlen aflojase la opresión, y Rosiyana se apartó apresuradamente, yendo a colocarse tras Vernon.

Rolf Langlen se bamboleó un instante, y de súbito asestó un directo demoledor al tiempo que saltaba hacia delante.

Vernon dobló una rodilla, ladeándose. El brazo pasó por encima de su cabeza y chocaron sus dos puños en el estómago de Langlen, que enlazó por el cuello a su antagonista.

Un abrazo nada cariñoso, meditó Vernon, que efectuó dos movimientos simultáneos. Sacar de la funda y tirar el revólver de Langlen al fondo del rellano. Y asir por el revuelto cabello rojo al coloso de ojos aún estriados por la borrachera reciente.

Empujó hacia atrás la cabeza del irlandés golpeándole el costado con su puño derecho. Y ambos resollaron ruidosamente, separándose dos pasos.

Embistió de nuevo Langlen, pero esta vez lo mantuvo Vernon a distancia con dos largos directos al pecho y estómago.

Rolf Langlen salió proyectado hacia atrás unos pasos, visible en su rostro la sorpresa del forzado que encontraba a otro más contundente.

Y se interpuso Reuben van Dyne, barbotando coléricamente:

—Tus peleas y borracheras lejos de donde esté yo, Rolf. ¿Qué diablos ha ocurrido aquí? ¿Por qué salía huyendo Rosiyana?

Bajando la cabeza como un enorme colegial dominado por el maestro, el irlandés rezongó:

—Este fulano se mete donde no le llaman, Reuben, y usted no puede recriminarme si yo intenté una broma con la necia de Rosiyana...

—¡Intentó abrazarla! ¡yo lo vi! —gritó Helen Harris, aproximándose en compañía de Colman.

—Le prohibí a Rosiyana que subiera a las habitaciones, cuando este animal se halla así —dijo, severamente, Van Dyne.

—Bueno, bueno... —masculló Langlen, alzando las manos como pidiendo misericordia—. En vez de apabullarme, deberían ustedes pensar en cosas más graves, en la muerte de Grayson... y en quién es, en realidad, este fulano.

Su grueso índice apuntó a Vernon.

—Un viajero, ¿verdad? —añadió Langlen, mirando a Colman—. Y tanto... Dijo que había salido de Glendal, allá en Oregón, para venir en busca de ganado. Ya, ya... No me mire así, Reuben, que se me pasó la borrachera. Yo también he viajado mucho, y tengo un amigo en Glendal. Le puse un telegrama, preguntando si conocía a un fulano llamado Buster Vernon. Le puse la respuesta pagada, y ya tengo la respuesta. Este fulano...

Y volvió a tender el índice acusador:

—Este fulano se cargó a dos tipos. Los liquidó a tiros, y por esto salió pitando de Glendal. ¿Piensa negarlo, Buster Vernon?

El interrogado replicó, calmosamente:

—Nunca niego las verdades.

CAPÍTULO VII

—Una acusación peligrosa, Rolf —intervino Colman.

Rolf Langlen extrajo del bolsillo del pantalón un arrugado papel amarillo.

—No se puede escribir un periódico en un telegrama, pero aquí lo dice bien claro, ¿no? —y entregó Langlen el telegrama a Reuben van Dyne.

«BUSTER VERNON HUIDO ESTA LOCALIDAD APENAS DISPARAR A MUERTE CONTRA SILAS YOCHUM Y ROD BARNES. STOP. RURALES PERSIGUEN AL FORAJIDO VERNON. STOP. ESPERO VERTE ALGÚN DÍA. SULLA VAN».

—Sullavan es mi amigo, y está bien claro. Este fulano se cargó a dos y salió huyendo. Y ahora sigan ustedes teniéndole por un comprador de ganado. Yo me lavo las manos, y voy a dormir.

—Lo necesitas —dijo, lacónicamente, Van Dyne.

—Mañana ya nos veremos de nuevo, Vernon —prometió Langlen, antes de encerrarse con violento portazo.

Van Dyne miró dubitativo a Colman, y este sugirió:

—Sus razones tendría Buster, ¿no?

Buster Vernon, viendo la expresión angustiada de Helen Harris, expuso:

—En efecto, disparé a muerte contra Silas Yochum y Rod Barnes. Se trataba de sus vidas o la mía. Venían siguiéndome. Me encontraron... y tuve la suerte de ser más rápido.

—Acepto por verdadera su explicación, Vernon —afirmó Van Dyne—. Sigue siendo mi huésped, y ya procuraré hacerle comprender a Langlen que no quiero más incidentes. Buenas noches.

—Incidente terminado —sonrió Colman—. A la camita, muchacha.

Se fueron y poco después, Buster Vernon en la cuadra, apretaba las cinchas de su alazán, cuando una sombra se siluetó a su lado.

—¿Se va usted, Buster? —preguntó Helen.

—Es preferible, ¿no?

—No lo haga. Pueden creer que sigue usted huyendo.

—Me tiene sin cuidado lo que ellos puedan pensar.

—¿También le tiene sin cuidado lo que yo pueda pensar?

Él contestó con otra pregunta:

—¿No quiere que me vaya?

—No.

Era una respuesta neta, sincera.

—Usted no me conoce, Helen. No sabe de dónde vengo... Solo un forastero que encontró en su camino...

—Por eso mismo deseo que se quede. Para conocerle mejor, Buster. Con usted, mi vida tiene un sentido más real... Antes, sola entre hombres que únicamente se preocupan de encontrar ídolos, figuras horrorosas... Y, además, usted me dijo que podía pedirle lo que quisiera, ¿recuerda? Quédese.

—Si me voy, tal vez le evite mayores penas, Helen. Si me quedo y sigo tratando de averiguar quién es el jinete de la flecha rota...

—Solo sé que, si usted se marcha, me resultará más odioso que nunca permanecer aquí.

Lentamente, volvió Vernon a desensillar su alazán, y ella musitó:

—Gracias, Buster. Y me consta que también estará contento Brian.

Vernon colgaba la silla de montar cuando en la cuadra entró Brian Colman, y Helen expuso:

—Quería irse...

Buster Vernon asintió, diciendo:

—No solo para no provocar un nuevo conflicto, sino porque no tienes confianza en mí, Brian.

—¿Yo? ¿En qué te demuestro desconfianza?

—Los dos —sonrió Vernon, mirando a Helen—. Vine con la cabeza vendada, pero también con los ojos tapados. Y para pasear tengo acompañante.

—Explícalo todo, Brian —apremió ella.

—Bien. Se trata de un secreto referente a mi tío, pero es hora que lo sepas. Hace diez años, él inició búsquedas por el Yucatán, pero el gobierno mejicano le retiró el permiso de continuar. Volvió a los Estados obsesionado. Quería hallar el misterioso emplazamiento de una laguna que los aztecas llamaban Piscina de las Vírgenes. Y Rolf Langlen, cuando le conoció, le dijo que él halló un lugar semejante al del mapa que mi tío había trazado por deducciones de los muchos tratados leídos sobre los templos mayas y aztecas. Llegaron ellos y Helen a este sitio, clandestinamente. Eran tierras que pertenecían a César Guzmán, y este, arruinado por la sequía, accedió a vender a mi tío todo el terreno desde Paso Prieto a este sitio. A condición de ser asociados en el beneficio material que pudiera sacarse de las excavaciones. Firmaron un convenio, por el

cual, a la muerte de uno de ellos dos, el otro quedaba único propietario. Y cada mes, yo o Guzmán llevando en mulos las tallas de plata y los objetos valiosos, cruzamos la frontera de California, para venderlos. Es la parte que en dinero percibe César Guzmán. Mi tío guarda solo lo que tiene interés arqueológico.

—¿Comprende ahora por qué le vendé los ojos? —adujo Helen—. Temía que usted pudiera ser un agente del gobierno federal.

—Hasta ahora los federales nunca se han aproximado porque consideran estas tierras como propiedad de César Guzmán, hombre muy respetado.

Esta explicación la daba Brian Colman al salir los tres del establo. Helen dijo que tenía sueño, y la vieron entrar en el edificio.

—¿Quién construyó esta casa, Brian?

—La arreglamos mi tío, Rolf y yo. Existía ya. Nos limitamos a amueblarla con la ayuda de Guzmán. Yo instalé la electricidad, el acondicionamiento de aire y me ocupo de las mismas instalaciones en las galerías que hemos ido abriendo.

—¿Dónde?

—En el paso de acceso. A los cuarenta metros, la derecha, hay unos arbustos. Cubren la entrada, basta empujar a un lado las ramas. He tendido cables eléctricos y hay un juego de interruptores entrando a la izquierda. Si te interesa, puedes echar un vistazo. Ahora no hay nadie, y Guaymo sabe que no debe impedirte el paso. Por mí, puedes ir a quemar incienso en el templo azteca. Te acompañaría, si no fuera porque tengo que clasificar lo que hoy hemos sacado.

—Siento curiosidad por ver maravillas que fascinan a los arqueólogos.

—No te fascinarán a ti. Nosotros somos jóvenes, y preferimos ídolos reales, de carne y hueso —rió Colman, ondeando la mano en despedida.

En la penumbra se dirigió Vernon hacia el estrecho paso, encendiendo su linterna cuando las rocosas paredes con su angosto paralelismo impedían la refracción lunar.

El aislado matorral de pequeños arbustos era una verde mancha que parecía incrustarse en la lisa roca. Las flexibles ramas volvían a su normal posición porque estaban constituidas por cortezas formando haces, atadas por un extremo a los troncos vivos.

La linterna iluminó la oquedad cuadrada del umbral consolidado por viguetas y en el pasadizo halló Vernon a su izquierda, el tablero de la instalación eléctrica.

Fue conectando las palanquitas, y los generadores dieron su

oscilante luz. En su principio la excavación tenía el aspecto de las galerías mineras. Un túnel principal con ensanchamientos para herramientas y los pozos donde se acumulaba la tierra y las piedras extraídas en la apertura de ramales, siguiendo el túnel principal, a cada lado había interrumpidos ramales, anunciando que la piqueta técnica había abandonado aquel trecho, para seguir la zigzagueante búsqueda.

A la piedra dura sucedió la granulosa lava, y la galería fue descendiendo en rellanos, hasta desembocar en un amplio círculo natural, abierto siglos antes.

La luz oscilante parecía dar movimiento y vida a una serie de figuras talladas en la misma piedra, representando los símbolos del calendario azteca.

Varias columnas soportaban la bóveda de aquel templo, donde la larga piedra semejante a una mesa evocaba el altar de sacrificios. Una estatua de tres metros tallada en mármol representaba a una mujer sentada en un trono.

En vez de rostro había una cabeza de serpiente.

Buster Vernon siguió hacia la galería iluminada que arrancaba a la derecha de la enorme estatua. Al entrar vio que en otro ensanchamiento, los pozos para recoger la tierra estaban mediados, y las viguetas de contención tenían la madera aún fresca, denotando su reciente puesta.

Buster Vernon oyó un susurro y, volviéndose rápidamente, con la diestra en la culata, oyó la trémula risa femenina.

—Me ha asustado —murmuró Helen Harris.

—Lo mismo digo... ¿No iba usted a dormir?

—Le vi dirigirse hacia aquí, y pensé que no le vendría mal un guía. Ya ha conocido a la Diosa de la Venganza. Es la antesala guardiana, y esta es la galería que conduce a los otros dos templos. Brian y Langlen tienen que contener siempre la impaciencia de tío Reuben, que seguiría avanzando, sin esperar a que estuviera consolidado el túnel con las viguetas.

Iba ella andando delante, y llegaron a otro espacio circular.

—Esta era la sala de los sacerdotes, y aquí han sido halladas las flechas y el veneno.

Buster Vernon señaló las paredes y bóveda. Se reproducía entre otros símbolos la flecha rota.

—La leyenda dice que la Diosa de la Venganza, reencarnaba en descendientes de los sacerdotes, para matar con una flecha rota a los que se atreviesen a profanar estos templos.

—¿Cree usted en la leyenda?

—Tío Reuben me inculcó su escepticismo absoluto —sonrió ella, avanzando hacia otra nueva galería.

Y en su interior explicó:

—Es la más reciente, y como puede ver solo hay cinco metros consolidados. Y aún está el ídolo de la Guerra recubierto de tierra.

Se aproximó Vernon a la figura que en el ensanchamiento ocupaba un lado, irguiéndose amenazadora, monstruosa la máscara tallada en la misma madera oscura, sosteniendo en la diestra una flecha...

Y, de pronto, una de las viguetas de contención se quebró en sonoro crujido, desplomándose la tierra retenida. Una nube de polvo sofocante invadió el angosto espacio.

Buster Vernon sintió que el suelo se movía, y abrazando a Helen Harris la levantó en vilo, para correr. Y se halló tendido en el suelo, casi aplastando bajo su cuerpo a la muchacha.

Apoyó las manos, arqueándose, comprobando que sobre sus espaldas el peso que le impedía alzarse era el del ídolo de la Guerra. Sentía cerca de su rostro la anhelante respiración de Helen.

La polvareda iba esfumándose al hallar una salida natural hacia el segundo templo. Helen Harris trató de moverse, pero estaba tendida en la estrecha zanja que el desprendimiento de tierras había socavado indirectamente al desplazar varias viguetas verticales.

Percibiendo bajo el suyo el leve movimiento del cuerpo femenino, Buster Vernon mantuvo la presión de manos a cada lado de la zanja y murmuró:

—Quietita, Helen. Perdí un par de años en minas, para aprender que en casos así un movimiento violento es lo peor que puede intentarse.

Estaban en la más completa oscuridad y dedujo Vernon que una arista debía de haber cortado el cable eléctrico, que, como buen técnico, Brian Colman, había ido colocando por sectores de cinco metros.

La difusa luz del templo marcaba el umbral que significaba salvarse...

—Hemos tenido suerte, Helen. No es un chiste ni pretendo tranquilizarla. El figurón de la Guerra azteca resbaló y lo tengo encima. Si llega a caerse de golpe... casi tendrían razón las leyendas. Podré levantarlo lo suficiente para que usted apenas se libre de mi peso, piense solo en llegar al templo. Y así podré yo también salir.

Iban acostumbrándose a la oscuridad. Vio el semblante femenino cuyos trémulos labios formulaban la sílaba negativa.

Buster Vernon sonrió sin ganas.

—Sí, Helen. Nada de chiquilladas ahora. Puede hundirse todo de un momento a otro. Vas a salir, vas a deslizarte apenas levante yo al compañero azteca, y solo así podré salvarme.

Pestañeó ella en asentimiento, y vio los músculos abultar mientras el rostro se apartaba. Apoyado en manos y rodillas, Buster Vernon empezó el titánico esfuerzo.

Aquella madera tenía la compacta contextura que desafiaba como la piedra más dura el paso de los siglos. Equivalía en peso al mismo mármol.

Cuando logró tender por completo los brazos, vio el esbelto cuerpo deslizándose rápidamente dando una vuelta sobre sí misma, y oyó el susurro de la falda al correr hacia el umbral.

Y pensó Vernon que ahora no podía él levantarse, sin provocar un desplazamiento de la estatua, que podía originar un nuevo derrumbamiento.

Helen Harris regresaba, llevando entre las manos una larga barra de hierro. La palanca minera para afianzar viguetas.

Supo ella colocarla diestramente, pasándola tras la nuca de Vernon, que alzó un brazo, tanteando hasta coger el hierro. Y en lenta contorsión pudo asir con dos manos la barra.

Ella empujaba hacia arriba con todas sus fuerzas, y levantándose, Vernon siguió apalancando. Dijo:

—Vuelve al templo ahora.

Obedeció Helen, y fue cuestión de segundos para el atlético Vernon, ir bajando el hierro hasta que el ídolo quedó tendido en el suelo.

Habían sido unos minutos intensos, y al llegar a la salida, Vernon enlazó a la que, estremeciéndose, murmuraba:

—Pensé que ya nunca más...

Flaquearon las piernas femeninas y Vernon la levantó en sus brazos. Ella cerró los suyos en torno al cuello varonil, y los labios se unieron.

CAPÍTULO VIII

La llevó en brazos hasta el último trecho de galerías, y al dejarla en pie junto al tablero de conexiones eléctricas, dijo:

—Cuando el compadre azteca me aplastaba con su peso, solo tuve una idea. Extraña idea. Pensé que la vida de todos nosotros, de todos los hombres, nada valía en comparación con la tuya, porque eras para mí la imagen de lo único que vale la pena poseer. Difícil de explicar, Helen... Pero ahora sé que no abandonaré esta comarca sin llevarte conmigo. Soy torpe para declaraciones de amor, Helen. Me basta con saber que te quiero.

Ella repitió, como si paladeara la frase:

—Me basta con saber que te quiero.

—Entonces, contesta de acuerdo a tu carácter recto y sincero: ¿Brian te ha pedido que te cases con él?

—Brian... Lo conozco desde que era pequeña... Para mí es como un hermano... Él me dijo que un día, cuando fuera rico, me llevaría lejos... Pero yo no le quiero... como a ti, ¿comprendes?

—Entonces, es preferible que yo hable con Brian, cuando sea oportuno. Y ahora irás a tu cuarto. Yo hablaré con Van Dyne y Brian.

La hacienda parecía deshabitada, y antes de encerrarse en su habitación, volvió ella a ofrecer sus labios. Exigió otro esfuerzo en Vernon al separarse.

En el corredor de las figuras aztecas, vio la rendija de luz asomando bajo la puerta del despacho. Llamó a la vez que empujaba.

Van Dyne y Brian Colman estaban clasificando con etiquetas diversos objetos. El arqueólogo continuó su tarea. Parecía acariciar el cuchillo de piedra que tenía en las manos.

—¿No es una maravilla? Fíjese bien en este cuchillo, Vernon. Con él, las vestales aztecas extraían el corazón de los sacrificados... ¿Se ha estado revolcando en el polvo?

—Llegué a la última galería, y unas viguetas cedieron. Nada irremediable, señor Van Dyne. El ídolo no ha sufrido daño alguno.

Pero el arqueólogo en pie, clamaba:

—¡Mi ídolo!

Salió corriendo, y Brian Colman, siguiéndole, comentó humorísticamente:

—Le dan espasmos de agonía pensando en que sus malditos ídolos puedan ser arañados. Voy a acompañarle, para evitar que se le derrumbe encima la montaña. Es un egoísta, pero hay que excusarlo.

Buster Vernon regresó a las galerías con Brian Colman. Hallaron a Van Dyne arrodillado, limpiando amorosamente el polvo del monstruoso figurón.

—Mañana consolidaremos este ramal, tío Reuben. El propio irlandés ya le advirtió que este ídolo podía esperar y que más valía seguir consolidando el resto de tramo. Mañana repararé la avería eléctrica.

Van Dyne, levantándose, fue a apagar su linterna en el segundo templo y solo al acercarse a la casa, indicó:

—No vuelva solo al templo, Vernon. No es que me preocupe su piel. Lo que no quiero es que una imprudencia de un ignorante eche abajo años de fatiga Buenas noches.

—Buenas noches, señor Van Dyne —saludó Vernon, amablemente.

Brian Colman sonrió, como pidiendo excusas.

Pero en su habitación, Vernon antes de dormirse pensó en uno de los consejos de Preston Weber:

«Es esencial no ver móviles sospechosos en cualquier hecho de cualquier sospechoso».

Brian Colman no le había obligado a visitar las galerías. Y los desprendimientos de tierras eran cosa frecuente en cualquier mina, aunque no rondasen flechas envenenadas ni soplase ningún terror desde el desierto.

* * *

Durante el desayuno, ofreció Vernon ayudar al consolidamiento de la nueva galería. Oferta que aceptó Van Dyne con visible satisfacción.

Y Rolf Langlen gruñó asintiendo, cuando el arqueólogo especificó:

—Aquí es un mundo aparte, Rolf. Nada de discusiones con el señor Vernon. Vamos al trabajo.

El escepticismo de Langlen fue cediendo, cuando comprobó que prácticamente Buster Vernon manejaba viguetas, palancas y amortiguadores con destreza.

En el almuerzo, Helen Harris trató de comportarse como si nada nuevo hubiese modificado su existencia. Y por la noche, también.

Pero en el despacho de Van Dyne, este, mirando

alternativamente a Colman y a Vernon, habló con seca precisión:

—Un privilegio de los hombres que como yo han dejado atrás las juveniles ilusiones, es hablar claro y esperar ser correspondidos. Aunque mis ojos estén más habituados a analizar restos del pasado, también fui joven. Y hay evidencias que no pueden disimularse, señor Vernon. He apreciado un cambio en Helen... Sutil, si usted quiere, pero suficiente. Y en usted. Ya no hay la frialdad de un hombre inteligente en sus ojos cuando miran a Helen, porque en su ojeada hacia Helen hay amor. ¿Está usted enamorado de Helen, señor Vernon?

—Sí.

—Una respuesta neta y concisa. Pero esta situación suscita problemas. ¿No le importa discutirlos?

—No me importa.

Vernon miró a Brian Colman, que estupefacto, tardaba en reaccionar. Van Dyne hablaba en tono monótono, de conferenciante:

—Supongo que esta situación es tan antigua como el mismo mundo. La vieja historia de la niña convirtiéndose en mujer y que repentinamente ve al hombre que le es destinado. Biología pura, aunque confieso que siempre pensé que el día en que Helen decidiera elegir...

Se interrumpió mirando significativamente a Colman, que pensativo, preguntó:

—¿Están tratando de sugerir que Helen ha olvidado que lealmente di por supuesto que ella sería mi esposa?

—¿Lealtad? —sonrió, áridamente, Van Dyne—. Muchacho, en amor yo creo que las mujeres solo son leales a la persona que quieren, mientras la quieren.

Brian Colman, fijando sus ojos en el rostro impasible de Vernon, dijo con grave entonación.

—Yo, al menos, voy a ser leal, Buster. Quiero a Helen, y será mi esposa. Nadie podrá impedirlo.

—Agradezco que me hables sin resentimiento, Brian, pero es un dilema que no somos nosotros los llamados a solucionar. Es Helen la que ha de decidir. Y lo que sí podemos convenir es que ella no es feliz aquí.

—Una gran verdad —admitió Colman.

—¡Absurdo! ¿Helen desgraciada? Ella siempre ha estado muy contenta acompañándome en mis exploraciones.

—Si usted no sintiera tanto fanatismo por sus aztecas, tío Reuben, comprendería que Helen aspira a otra existencia que no es

la de vivir esclavizada en rincones apartados del mundo. Ella no ha querido demostrárselo, porque es buena y paciente, pero pensando en que aquí se consume Helen, he estado casi deseoso de que algún día irrumpieran los federales... Casi habría valido más que Grayson pudiese hacer llegar su carta. Estaría ya todo acabado, y no seríamos más los esclavos de templos con dioses rencorosos...

—¡No hables como un ignorante mejicano, Brian!

Un retumbar lejano resonó, agrandándose su estruendo.

Reuben van Dyne miró hacia la ventana, en cuyos cristales empezaba la lluvia a repicar:

—Claloc —murmuró—. Claloc, dios del trueno y la lluvia... Voy a cerrar las ventanas de la sala depósito.

Al quedarse a solas, Buster Vernon y Brian Colman, dijo este con lentitud:

—Hemos hablado mucho en pocas palabras, Buster. Es para mí un golpe inesperado, y no te recrimino que estés enamorado de Helen.

—Debiste pedirle a ella si quería ser tu esposa.

—Lo daba por tácito. En fin, espero que le pasará a ella este sentimiento que juzgo una impresión momentánea... Hablemos de otra cosa, ¿quieres? Pero anhelo que nuestra amistad no sufra cambio, sea cual sea la decisión que tome Helen.

—Es también mi deseo, Brian.

Forzó Colman una sonrisa, manifestando:

—Los Guzmán han enviado a su hombre de confianza, aceptando el amistoso reto que les hizo mi tío. Anteanoche, discutieron sobre supersticiones. Insinuó mi tío que el jinete de la huella con la flecha rota, solo podía ser un mejicano supersticioso. Los Guzmán se acalararon, protestando. Ellos son cultos, y están por encima de toda superstición. Y mi tío les desafió. Dijo que no serían capaces de asistir a una pequeña fiesta en el templo principal, el de la Diosa de la Venganza. Hoy han enviado a Juancho para decir que mañana noche, Bárbara Guzmán danzará antiguos ritmos ante la estatua. ¿Qué opinas?

Buster Vernon tardó en replicar:

—Los sabios tienen derecho a ser excéntricos, y las mujeres como Bárbara nacieron caprichosas. Pero ¿pecaré de inculto y analfabeto, si te digo que la idea es un poco desquiciada?

—Si permaneces aquí unas semanas más, lo menos sensato te parecerá lógico. Mañana añadiré unos cables para crear efectos especiales de luz en el primer templo. Vendrá César a ayudarme, y por la noche, el viejo Juancho, acompañará a la guitarra las danzas

antiguas que Bárbara Guzmán aprendió de niña. Aunque solo sea por contemplarla, bien vale la pena, ¿no?

Vernon comprobaba el esfuerzo que hacía Colman para hablar en tono humorístico. Tendió la diestra:

—De todo corazón, Brian, deseo que Helen sepa escoger sin herirte.

Era una fórmula amistosa. Y Brian Colman, estrechando la mano de su amigo, asintió con visible melancolía.

En su habitación, Vernon trató en vano de conciliar el sueño. Recordaba que, durante el día, un comentario hecho por Rolf Langlen le llamó la atención. Un comentario trivial, pero que ahora en la soledad volvía a reclamar su atención.

Él había señalado en un ramal lo que parecía un alud de rangosidades, y Langlen había dicho:

—Filtración de la Piscina de las Vírgenes.

¿Por qué en aquel momento un vago pensamiento se había filtrado también en su mente?

Y de pronto, abandonó la cama, empezando a revestir su ropa de lluvia. Cuando la negra capa impermeable, con capucha, le cubrió por completo, sabía ya lo que iba a buscar.

La prueba de que el agente Preston Weber había hallado la muerte investigando en aquel tétrico paraje.

Avanzando bajo la intensa lluvia hacia la mina arqueológica, recordaba Vernon unas líneas de la última carta de Preston Weber:

«... y esta noche iré a visitar un lugar donde creo reside la banda que está vendiendo platino en California. Un platino aleado con iridio, que solo puede proceder de antiguos templos aztecas. He visto un estanque que por su configuración corresponde a la llamada Piscina de las Vírgenes. Esta noche podré comprobar si el estanque era realmente el baño de las vestales aztecas».

En el tercer ramal antes de llegar al primer templo, Buster Vernon examinó las capas de fango que sucesivamente iban filtrándose en pendiente angular. Con una pala de minero fue apartando las primeras capas de húmeda blandura.

El barro inferior, más reseco, exigía mayor esfuerzo. Paleaba dando frente a la entrada del ramal, y en los intervalos de reposo, acudía al túnel central, vigilante.

Solo había dejado encendido el sector del ramal filtrador.

Por fin, su larga tarea tuvo su recompensa. Un objeto oxidado, sometido a frotación, reveló su contextura de plata: una espuela.

Después, un revólver «Colt». Con dos iniciales: «P. W.».

Era cuanto quedaba del agente Weber. Su cuerpo se había deslizado hacia las honduras del inmenso pozo natural, desprendiéndose aquellos objetos que por su menor peso se estancaron en la lenta filtración.

En aquel ramal abandonado, al hallarse el pozo de filtración cerrando el paso, estaba la prueba de que el agente Presten Weber había hallado la muerte ahogado en la piscina.

Solo esto: una prueba de muerte. Equivaliendo a la cicatriz del balazo que en refilón marcaba el cuero cabelludo de Buster Vernon. Solo pruebas, que no conducían a señalar concretamente una persona.

El autor de la muerte de Weber no podía ser Eric Grayson, puesto que deseaba denunciar la ilegalidad de aquellas excavaciones secretas.

Guardando el revólver y la espuela, volvió Vernon a remover el barro, alisándolo en su forma de inclinado alud que descendía a profundidades de siglos.

Media hora después llegaba a su habitación, con el pleno convencimiento de no haber sido visto. Estaba seguro de ello, porque había tomado todas las precauciones y empleado los recursos que en vida le enseñó el agente Preston Weber.

CAPÍTULO IX

El día amaneció tras una noche en que la tormenta había atronado la zona montañosa. Buster Vernon asintió cuando Van Dyne afirmó que el autor de la muerte de Eric Grayson sería pronto descubierto. Bastaba esperar una nueva aparición del «Terror del Desierto»...

El maya Guaymo vigilaba sin superstición, aseguró Tan Dyne.

Y Vernon admitió también que, después de un día más de ayudar a consolidar la nueva galería, se dedicaría por entero a buscar la pista del jinete espectral.

Cuando abandonaron la tarea, en el templo principal ya aguardan los hermanos Guzmán. Ella, ceñida en los pliegues de un brillante tejido dorado, poseía toda la turbadora belleza de una extraña vestal destinada a un rito idólatra.

—Así vestían las sacerdotisas aztecas —aprobó tan Dyne.

En torno a la mesa de sacrificios, había siete sillas, traídas de la hacienda, al igual que platos, frascos, copas y fuentes con la cena fría.

—Salvo la servidumbre que no quise obligar a atendernos, todos nosotros estamos por encima de vulgares credulidades —anunció Van Dyne, tomando asiento.

César Guzmán señaló a un rincón, donde junto a la estatua de la diosa con máscara de serpiente, el mejicano Juancho, sentado, templaba su guitarra.

—También Juancho es un cerebro inteligente.

Buster Vernon pensó que los hermanos Guzmán habían tomado algunos combinados, porque su aparente alegría no era natural. Habían aceptado el reto del arqueólogo por orgullo.

Helen Harris, apaciblemente, empezó a retirar las tapaderas de las fuentes. Se sentó entre Van Dyne y Colman.

Bárbara Guzmán ocupó una cabecera, alegando que no tenía apetito.

Sentado entre César Guzmán y Rolf Langlen, vio Vernon de soslayo la mirada hostil que el irlandés dirigía a la estatua.

—Una idea original, Reuben, pero maldita la gracia que me hace —refunfuñó Langlen—. Y diré más... Es infantil este simulacro de cena.

—Tú no crees en nada —recriminó Van Dyne—. Y además yo

sostengo mi teoría. Si alguno de nosotros fuera ese misterioso jinete, no estaría ahora aquí dentro.

Bárbara Guzmán abrió una cesta y, levantándose, colocó sobre la piedra, entre Vernon y Langlen, una botella enfundada en mimbre.

—Esto le alegrará las ideas, Rolf.

Inclinada entre los dos hombres, rozándoles, evidenciaba su artificial animación, y al erguirse, añadió:

—En París y en Nueva York, he asistido a lo que llaman «surprise-party» que no tenían ni de lejos la originalidad de esta reunión.

Rolf Langlen, descorchando, se escancié el oscuro vino en la copa y al apurarla, chasqueó la lengua. Comentó:

—Nada como el mosto para disipar el frío ambiente.

Van Dyne se enzarzó en disquisiciones acerca de las concavidades entre las columnas. Allí se alojaban las vestales, y cuando los demás arqueólogos supieran que él, Reuben van Dyne, era el único en poseer centenares de fotografías de aquel templo, se morirían de envidia.

Una cena que siempre recordaría meditó Vernon. Solo Helen parecía ajena al sortilegio que emanaba del templo. Los demás, hasta el propio Van Dyne, no podían disimular que, en mayor o menor grado, estaban impresionados. Alentaba como un ancestral instinto de profanación.

Rolf Langlen cambió de sitio, para volver la espalda a la estatua. Bárbara Guzmán vino a sentarse al lado de Vernon.

—¿Ha presenciado alguna danza azteca antigua? —preguntó suavemente.

Van Dyne, Colman y César Guzmán discutían la posibilidad de que entre las concavidades que fueron alojamientos de vestales, hubiera un pasadizo comunicando con el segundo templo.

Helen Harris fue solicitada por Van Dyne para sostener la linterna que había de alumbrar su camino y Rolf Langlen, levantándose, rezongó:

—Este loco de sabio nos va a contagiar a todos, en este nuevo juego del escondite. Y no quiero beber más...

Dirigió una significativa mirada amenazadora a Vernon antes de seguir al grupo que se adentraba en una cueva.

Levantándose también Vernon, decidió mentalmente que la excesiva proximidad de la mejicana le estaba conturbando. Y ella, a su lado, le asió familiarmente por el brazo.

—Todas estas grutas son iguales. Heladas como los hombres del

Norte.

Lo dijo cuando, se hallaban en la penumbra entre las columnas, deteniéndose.

—Esperaba que volviera a nuestro rancho, Vernon. ¿Tanto le interesa hallar al jinete que le hirió?

—Muchísimo.

—No pierda el tiempo buscándolo. No lo hallará.

—¿Cómo puede afirmarlo tan rotundamente?

Estaba ella muy próxima, rutilantes de blancura los hombros, contrastando con el tejido de oro y la roja llamarada de la carnosa boca, susurrante la voz:

—Lucha consigo mismo, hombre del Norte... ¿Para qué luchar?

Buster Vernon se inclinó, apretando contra sí a la que enlazaba sus brazos en torno a su cuello. Besó por instinto.

Y al separar el rostro, vio la iluminada figura de la estatua con máscara serpentina...

Bárbara Guzmán adelantó sus labios. Voraces, adherentes como la ventosa de un pulpo...

Buster Vernon desenlazó los brazos femeninos en torno a su cuello y, recobrando su respiración normal apartó a la que seguía brindando un nuevo beso.

Por unos instantes la ira desfiguró el hermoso semblante. Por fin, Haciendo un esfuerzo, ella logro dominarse, y forzó sus labios a sonreír:

—Ningún hombre se atrevió a rechazarme. Empiezo a odiarte, Vernon.

Buster Vernon se reunió con los que iban saliendo de la gruta, y rompiendo el silencio en que parecía flotar una maligna amenaza, dijo Van Dyne:

—¿Por qué será que las cosas muertas poseen tanto poder que exhalan el miedo entre los seres vivos? Piensen que nada hay más inofensivo que los muertos.

—Aquí dentro parecen alentar manos muertas —opinó Langlen.

—Vamos, Bárbara... Tu prometida danza —solicitó César Guzmán—. Van a presenciar la danza azteca con la que las vestales iniciaban los humanos sacrificios.

Fueron alineando sillas entre la piedra de sacrificio y la estatua. En su rincón, Juancho rasgueó las cuerdas, emitiendo un reiterado ritmo de monótona cadencia.

Bárbara Guzmán dejó de ser una mejicana modernísima. Permaneció un largo instante inmóvil, alzados los brazos. La túnica dorada la moldeaba, y en lento escorzo, onduló los brazos en

serpentinis movimientos.

Solo la cintura y la cabeza oscilaban, hasta que el ritmo se hizo más rápido, y la danzarina fue aproximándose a los que la contemplaban, evolucionando ante ellos con majestuosa gracia anticuada.

Rolf Langlen la devoraba visualmente, y el inmenso atractivo femenino de la mejicana iba imponiéndose al opresivo ambiente...

De repente, se apagaron las luces, y el templo quedó sumergido en plena oscuridad. La guitarra cesó de rasguear, algunas sillas cayeron.

Y Brian Colman emitió un agudo grito de terror.

Varias linternas se encendieron a la vez. La de Buster Vernon iluminó primero a Helen Harris aureolando su erguida postura atemorizada, crispadas las manos en torno a su busto.

Después el foco reveló la angustiada faz de Brian Colman, mientras iba esparciéndose el acre olor del veneno azteca.

En la hombrera izquierda de la camisa blanca de Brian Colman aparecía el quebrado astil de una flechita.

Vernon dejó la linterna sobre la piedra, y cogió con ambas manos la tela de la camisa, atrayendo...

—No te muevas, Brian... Por fortuna, la franela de tu camisa ha servido de escudo...

Con su cuchillo cortó la tela en recuadro. La flechita había atravesado en diagonal la hombrera, sin tocar la piel.

Vernon se dirigió a la galería principal, proyectando la luz por el suelo en busca de los cables añadidos para iluminar más profusamente el templo.

Retrocedió, hasta encontrar la conexión del cable, que después de pasar por una columna, iba a ras de suelo hasta la mesa de piedra. Encontró la avería.

Los dos cables habían sido segados, y explicó:

—Fueron cortados de modo que bastase empujar con el pie para, producir el apagón.

Inclinado, unió los cables, y la repentina iluminación fue aventando el terror que imperaba. Van Dyne corrió hacia un ramal, pistola en mano, mientras Langlen registraba las concavidades.

Brian Colman, respirando con fatiga, miraba hacia la estatua. Bárbara Guzmán contemplaba a su hermano que conversaba en voz baja con Juancho, y que por fin acercándose, dijo:

—Si lanzaron esa flecha con cerbatana, yo creo que no iba dirigida al señor Colman. La trayectoria me parece que apuntaba a usted, señor Vernon, y debió usted de inclinarse.

—En efecto, recuerdo que me incliné en el mismo instante que las luces se apagaban, para recoger el vaso que había colocado en el suelo. De todos modos, hay una cosa cierta. Se halla entre nosotros quién intentó matar...

Helen Harris habló con trémula entonación:

—Vayámonos de aquí, salgamos de aquí... Es horrible...

Van Dyne, regresando en compañía de Langlen, manifestó colérico:

—En la entrada de la galería había yo colocado de centinela a Guaymo. Me consta que nadie ha podido entrar. Y, por lo tanto, soy el primero en ofrecirme para ser registrado. La flecha estaba impregnada de veneno, y uno de nosotros, ha de llevar encima... Lo siento, Guzmán, pero todos somos sospechosos por igual.

Buster Vernon intervino:

—Suponiendo que uno de nosotros llevase encima una cajita para resguardarse del veneno de la flecha hemos tenido tiempo suficiente para ocultarla.

—Es imposible que alguno de nosotros... —empezó a decir Helen Harris, y de pronto señaló la estatua—. Alguien... desde fuera puede entrar, si conoce un paso secreto. Hay estatuas como esta que vaciadas...

—No —rebatía Van Dyne—. Alabo tu ingeniosa explicación, Helen, pero hemos comprobado que la estatua es compacta, y que no hay ningún pasadizo secreto.

—La discusión no aclara nada, señores —expuso Vernon—. Y aunque no pueda por ahora demostrarlo, tengo la convicción de que la muerte de Grayson, el frustrado intento contra Brian y la existencia del jinete, son evidencias que están relacionadas. Pero nada demostraremos permaneciendo aquí.

Van Dyne fue el primero en abandonar la mina, seguido por Rolf Langlen. Los Guzmán y Juancho les seguían y Helen Harris, entre Colman y Vernon, susurró:

—Estabais casi juntos los dos.

—Tú no pienses esto, Helen. Tengo la certeza de que Buster pronto disipará el terror que alguien parece querer esparcir entre nosotros.

Permanecieron Colman y Vernon fuera de la casa, mientras los demás se retiraban a sus habitaciones.

—Es incomprensible, Buster, pero los ataques parecen dirigidos contra los que más de cerca estamos interesados en la mina.

—Salvo tu propio tío y Langlen. Persisto en afirmar que, dando con el jinete, encontraremos el culpable. De todos modos, la flecha

no fue disparada. En su remate tenía algodón. Prensado por una mano, que seguramente extrajo la flechita de un canuto que llevaba encima. ¿Qué percibiste al apagarse las luces?

—Un roce... Sí, ahora recuerdo claramente... Fue como el roce de una mano femenina... Sea como sea, le exigiré a mi tío que destruya los dos frasquitos con el veneno.

—De nada sirve. El asesino de Grayson tiene provisión suficiente para las dos flechas que le quedan, y fabricar otras cuatro más. Uno de los frasquitos está mediado, y los dos estaban llenos antes de que muriese Grayson. Eso demuestra que alguien posee el suficiente veneno.

Apareció Rolf Langlen. Tenía una expresión sarcástica.

—Atendiendo a la orden de Reuben van Dyne, no quiero provocar ninguna pelea, al menos... aquí. Pero ya que todos damos nuestra opinión, yo seré muy bruto, pero tengo la mía personal.

—Has bebido, Rolf. Mejor que vayas a acostarte —aconsejó Colman.

—Dormiré como un tronco apenas suelte lo que llevo dentro. Este fulano...

—¡Buster Vernon! —corrigió Colman.

—Da lo mismo —sonrió Vernon—. Adelante, Langlen. Todos tenemos derecho a opinar.

—Este fulano es un tío listo. Se da cuenta que esta mina puede representar mucho dinero, y decide quedarse con ella. ¿No reconoce que se inclinó cuando se apagaron las luces? Estaba a tu lado, Brian. El produjo el cortocircuito, y te clava la flechita.

—Te olvidas de que a mi amigo lo hirió el jinete...

—¡Un cuento! Pudo él mismo hacerse la herida. Buster Vernon mostró la diestra abierta.

—Si me propongo clavar un dardo, lo hincaré hasta el hueso. Pero las teorías siempre son aceptables.

Rolf Langlen pareció defraudado. Esperaba indudablemente una agresión que le permitiera probar suerte por segunda vez, en revancha. Se fue.

—Mañana dedicaré el día entero a una investigación —anunció Vernon, antes de entrar en el corredor—. ¿Tenéis un mapa de la comarca?

—Varios. Bien trazados, con la topografía exacta, desde que inició tío Reuben su búsqueda. Puedes escoger.

Fueron al estudio y Vernon eligió un mapa. Luego, en su alcoba, lo desplegó sobre la mesa. Marcó una cruz en el croquis, señalando la bocana del Paso Prieto, donde fue herido.

El desierto lindaba con el rancho Guzmán, Paso Prieto, y en amplia curva venía a quebrarse en la estribación al sur de la colina perforada por las excavaciones arqueológicas.

CAPÍTULO X

A veintidós millas de la mina secreta, Los Cedros desparramaba a cada lado de un sendero sus chozas y caserones. Una aldea donde habitaban las familias de pastores.

La taberna con pretensiones de fonda tenía su abrevadero con la barra para atar los caballos. Y la yegua negra de Rolf Langlen, que Vernon había visto llegar al galope, estaba atada entre otros caballos. En la sala de entrada había varios mejicanos. Que sin demostrar curiosidad, guardaron silencio al pasar Vernon, dirigiéndose al patio interior.

Los emparrados formaban dosel protegiendo del sol varias mesas. Pero no había nadie. Y miró Vernon hacia la galería alta.

Acababa de oír una brusca carcajada. Rápidamente subió las escaleras, sin ruido. Al llegar junto a uno de los reservados, oyó la exclamación furiosa que lanzaba una voz femenina.

Deteniéndose junto a la ventana, vio a Bárbara Guzmán. Estaba de espaldas, y a un lado de la mesa Rolf Langlen, dejando su vaso, reía sardónicamente.

—No me asuste con esos ojazos de muerte. Conmigo no juega ni siquiera una hembra tan estupenda. Por las malas, nada conmigo... Intente una sonrisa de esas tan embriagadoras.

—Usted es un cobarde, Rolf Langlen. Con todo ese cuerpazo no es más que un cobarde. Y me arrepiento ya de haberle citado aquí. Además, está bebido.

—No lo niego, pero estoy lo bastante sobrio para negarme a servir de señuelo. Yo no traigo al fulano ese... Pero ya que estamos juntos, podemos echar un pequeño danzón...

—Bestia... —murmuró ella, colérica—. Aparta las manos, o te haré azotar por mis peones. Me bastará gritar para que vengan y te apaleen como a una bestia...

Vio Vernon cómo se congestionaba el rostro del irlandés, mientras con rápido gesto extraía su cuchillo, colocándolo sobre la mesa.

—Venga, reina... Llama a tus lacayos, y uno por uno los degüello. Si acuden todos juntos haré una rebaja. Me contentaré con rebañarles el cogote. Pero era una fanfarronada, reina. No le gustaría al orgulloso de tu hermano, saber que tú me has dado cita aquí para convencerme de que debo traer al fulano del Norte, para

que tus peones lo dejen medio muerto, antes de echarlo fuera de la comarca. Al fulano ese, cuando me apetezca, me lo cargaré yo. Y ya que me has dicho que mañana mismo te irás... aprovechemos la noche, ¿no?

Bárbara Guzmán retrocedió al levantarse el irlandés.

—No seas esquivia, reina... Me tienes loco...

Se inclinó Langlen, y ella se dejó abrazar, pareciendo apartar el rostro para hurtarlo a los besos que distribuía con furia apasionada el irlandés.

Buster Vernon entró en salto felino.

Acababa de ver la diestra femenina moverse a tientas sobre la mesa hasta empuñar el cuchillo.

Y Langlen, aún velados los ojos, abrió los brazos, boquiabierto.

Buster Vernon sostenía en alto la mano armada que por centímetros no había incrustado el acero en las anchas espaldas del irlandés.

Una expresión de odio intenso crispó las facciones de la mejicana, mientras, quitándole el cuchillo y tirándolo sobre la mesa, advertía Vernon:

—Mañana me lo agradecerás, porque no naciste para asesinar, sino para enloquecer a hombres como este irlandés ingenuo.

—Mañana... estaré lejos, ¡y ojalá esta noche sea la última para vosotros dos! Rezaré para que os maten...

Salió ella caminando con nervioso taconeo, y emitiendo un resoplido, dijo Langlen:

—¡Muchacho! Entraste a punto para evitar que esa víbora me barrenase el corazón, buscándolo a través de mi lomo. Hay que celebrarlo... Vamos a echar un trago.

Buster Vernon señaló hacia la galería.

—Van a venir otros sin ser invitados, irlandés.

Salió revólver en mano, imitado prestamente por Langlen.

En la escalera se detuvieron los dos peones que iban subiendo. Tras ellos se arremolinaron los otros seis.

La voz de Bárbara Guzmán incitó colérica:

—¡Mil pesos al primero que...!

Su exclamación quedó truncada por el doble disparo simultáneo que hizo Vernon. Volaron los amplios sombreros de los dos primeros peones, que retrocedieron empujando a los otros.

Repitió Vernon la voladura de otros dos sombreros, y con un rugido de satisfacción, Rolf Langlen se zambulló en estirada.

Su peso completó la caída en desorden, y al alzarse, despidió a dos peones con sendos puñetazos.

Buster Vernon siguió descendiendo, y su quinto disparo hizo saltar de la diestra de un peón el revólver que acababa de sacar.

Rolf Langlen siguió empleando manos y pies... Un sexto disparo de Vernon desarmó a otro peón y, enfundando, pasó a completar la labor demoledora del irlandés.

En veloces esguinces, con furia de torbellinos humanos desencadenados, los dos atletas zarandeaban entre sí a dos peones, entrechocando sus cabezas, propinando rodillazos, empujando a mano abierta, para luego impedir con el puño la caída lateral.

Bárbara Guzmán empleó el látigo para acompañar su orden:

—Montad, y fuera de aquí, hatajo de cobardes...

Resollando, Rolf Langlen perdió el equilibrio al asestar un último puntapié en el aire, porque el peón al que iba destinado corría en franca huida. Se sostuvo asiéndose a un hombro de Vernon.

Y la mejicana, crispando las manos en torno al látigo, miró airada al que decía calmamente:

—Buen viaje, preciosa. Cuanto antes te vayas, mejor. La próxima vez, Rolf y yo nos sentiríamos de veras salvajes.

—Muy de veras, y casi ahora mismo, yo creo que...

Avanzó el irlandés, y Bárbara Guzmán emprendió también una retirada que no tenía nada de majestuosa. Montaba ella, cuando aseguró Vernon:

—Nos callaremos este desastre impropio de ti, si vas a ejercer tus dotes de vampiresa en cualquier ciudad.

Ella dio látigo a su caballo, partiendo al galope para alejarse seguida de los maltrechos peones, algunos de ellos atados a sus sillas.

—Va escaldada y no volverá. Es una lástima —rezongó Langlen, que sentándose en una silla cerca de la ventana, golpeó en la mesa—. ¡Dos jarras de vino blanco, Nacho!

Buster Vernon elevó la jarra correspondiendo al mudo brindis, y al dejarla sobre la mesa, declaró Langlen:

—Yo prefiero una buena pelea, a estar metido entre porquerías de flechitas. Y vamos a olvidar que sospeché de ti, muchacho. Tú no eres de esa clase de tipos que matan con flechitas. Te presentaste a punto.

—No era siguiéndote. Estaba en el poblado porque he recogido los datos que deseaba. Mira aquí.

Desdoblado el mapa, señaló Vernon diversas cruces.

—He estado preguntando a pastores en qué sitios se presentó el jinete encapuchado de blanco. Y estoy tratando de hacer converger

las distancias, para situar por aproximación el punto desde el que puede espiar dicho jinete, y tener su establo escondido.

—Para mí todo esto es chino. Lo que quiero es que cesen de llover flechitas envenenadas.

Guardando el mapa, se levantó Vernon. Protestó Langlen:

—¿Te vas ya, muchacho? Solo hemos empezado a beber, y anocheciendo vienen algunas muchachas muy sabrosas... No hay manera de que se estén quietas, y patalean, arañan... Pero se divierte uno mucho.

—Diviértete mucho, Rolf —sonrió Vernon—. Yo pienso pasar la noche en claro, hasta dar con el jinete encapuchado.

—Bueno, quedan más días que barriles podamos vaciar. Suerte, muchacho.

Buster Vernon remontó las laderas hasta llegar a la llanura que al norte comunicaba por Paso Prieto con el desierto.

En el promontorio que iniciaba el descenso hacia Valle Cementerio, se recortaba en el crepúsculo la silueta de la amazona. Espoleó Vernon hasta reunirse con Helen Harris.

—Estaba inquieta por tu ausencia. Te fuiste de madrugada...

—Y va a anochecer. Te acompañaré a casa. Es preciso que permanezcas encerrada en tu habitación. Creo que esta misma noche encontraré el establo donde esconde su caballo de herraduras marcadas el fantasmón de jinete al cual, en cierto modo, estoy agradecido, ya que por su intervención conocí una de tus cualidades.

—¿Cuál?

—Buen corazón. Y ahora, demuestra que eres obediente.

Puso ella al paso su bayo y, emparejando, explicó Vernon:

—Era imposible que el jinete ocultara su caballo en el desierto, sin agua. De esta realidad, partí como arranque. No podía alojar su montura en un establo donde otros pudieran entrar, porque las huellas de herradura serían visibles. Ni podía calzar los cascos a cada excursión y retirarlos después. Por lo tanto, necesitaba un establo secreto y agua.

Helen Harris iba asintiendo.

—El arroyo que nutre el estanque, atraviesa por un lado la colina con las excavaciones, y surge por la ladera opuesta al paso, volviendo a desaparecer bajo la superficie árida del desierto. Es allí donde pasaré la noche, y esta vez no quiero que rondes. Has de jurarlo.

—Jurado —rió ella—. Solo deseo que por fin salgamos de dudas.

Al aproximarse a la entrada que daba acceso a la mina y a la

casa, advirtió Vernon:

—No digas nada a nadie. Si te preguntan por mí, he regresado a Los Cedros.

—Eso diré, porque me ha preguntado tío Reuben por ti.

—¿Hablaste con Brian acerca de nosotros dos?

—No. Yo espero... hasta que decidas... ¡Deja todo esto, Buster! Vámonos... Ellos pueden defenderse...

—Te olvidas que yo fui él primer atacado. No te inquietes... Pronto cesará este terror.

La besó, aguardando unos instantes, hasta verla penetrar por el desfiladero en diagonal.

Forzó Vernon a su alazán a volver grupas, y atravesando Valle Cementerio, contorneó la estribación norte de la colina perforada.

Bajó del caballo cuando los cascos pisaban la arena del desierto, y siguió avanzando a pie, junto a la pared rocosa, cuya sombra le ocultaba.

Si había una entrada difícil de ver hasta no palparla, dando acceso al alojamiento de Van Dyne, ¿por qué no habría otro paso idéntico en la vertiente opuesta?

Dejó su caballo atado en un entrante rocoso, y continuó avanzando a pie, tanteando la roca, hasta llegar al rumoroso cauce de agua que en hilo de plata iba a desaparecer a unos treinta metros, en la arena.

Sentándose entre dos cortaduras, se dispuso a pasar una noche entera en vela. Podía perder varias noches más, pero estaba seguro de hallarse en el mejor de los observatorios.

Era inútil buscar huellas en la arena. Un soplo de brisa las recubría apenas marcadas, en aquel terreno formado por la erosión secular.

Transcurría la noche en quietud silenciosa, solo turbada por el susurro del arroyuelo. Frente a él, se extendía en infinito horizonte de blancura el desierto...

Y hacia las dos de la madrugada, en la blancura algo se movió, adquiriendo contorno lentamente.

Un jinete enteramente revestido de blanco impulsaba al trote su blanco caballo.

Buster Vernon pensó que otro de los consejos del agente Presten Weber resultaba muy práctico ahora. Había dejado su caballo bien oculto, con los belfos atados.

Un relincho hubiese podido alertar al jinete que se acercaba, y que desmontó al otro lado del arroyuelo, a unos cincuenta pasos.

Llevando de la brida al caballo pareció esfumarse en la roca...

Buster Vernon llevaba pendientes del cuello sus botas, enlazadas por las correíllas. Corrió sobre la punta de los pies, tras vadear el arroyuelo. Tanteando la pared rocosa hasta dar con la grieta que en sesgo se ensanchaba, penetrando en la colina. Siguió avanzando encorvado, tendiéndose en el suelo al llegar al borde de una rampa en descenso.

Un corto descenso, donde lo que parecían tupidos cactus, acababa de apartarse. Una puerta de maderos recubiertos de cactus hábilmente colocados. Un abrevadero y un pesebre. Y dos caballos blancos. Uno sin silla, sentado, rumiaba soñoliento.

El otro, ensillado, era el que acababa de ser desmontado. Y el jinete revestido de cerrada túnica flotante y blanquísima, había echado atrás la capucha. Fumaba un cigarrillo, mientras recogía de la silla un saco de piel, vacío. César Guzmán pisoteó el cigarrillo y, encapuchándose de nuevo, llevando el saco bajo el brazo, contorneó el pesebre, para desaparecer.

Se oyó el clic de una linterna eléctrica, cuando Buster Vernon estaba ya junto al pesebre.

Vio el hueco de una escalera tallada en la roca, y descendió por ella, orientándose por el reflejo de luz que se movía, alejándose. Los escalones finalizaban en un angosto pasadizo, y a instantes, Vernon debía inclinarse, casi doblado, para avanzar por él. Y, por fin, tras unos diez minutos de andar por el pasadizo en tinieblas, el círculo de luz orientador se detuvo, deteniéndose también Vernon a una distancia de veinte pasos.

César Guzmán se apoyaba en la pared que parecía cerrarle el paso, empujando con ambas manos, y un recuadro de piedra fue desplazándose lentamente a un lado.

Recogió de nuevo Guzmán la linterna y entró en la oquedad que la gran piedra desplazada acababa de descubrir.

Llegó Vernon junto a la piedra desviada, viendo al otro lado la blanca silueta del mejicano inclinada. Se hallaba en una estancia de unos tres metros cuadrados.

Había encendido una linterna que colgaba de un resalte en la pared, y tintineaban los brillantes objetos que guardaba en el saco de piel. Los cogía a puñados de uno de los huecos abiertos en el muro a modo de hornacinas. Brillaban con fulgor plateado, pero más mate que la plata era el metal de que estaban constituidos aquellos fragmentos de antigua joyería azteca.

Brazaletes en forma de serpiente, pájaros, ovaladas figuras, fálicos atributos, ajorcas, plaquitas...

Llenado el saco, César Guzmán lo cargó con esfuerzo al hombro,

yendo a apagar la linterna de petróleo, y encendiendo la eléctrica de bolsillo, la proyectó hacia uno de los muros de roca de la estancia.

Y de nuevo tanteó hasta presionar un resalte y volver a empujar con un solo hombro. Otra puerta secreta.

Buster Vernon continuó en la cautelosa persecución, y al atravesar el segundo dintel reconoció el lugar donde se hallaba.

Era una de las grutas, antiguos alojamientos de las vestales aztecas, abriéndose a un lado del templo de la Diosa de la Venganza.

Un halo de luz procedente de la galería central le orientó. Y escondido tras una de las columnas, vio la silueta encapuchada colocando el saco en el suelo, junto a largos fardos.

César Guzmán deshacía uno de los fardos, y cuando hubo colocado en el interior el saco recientemente llenado, comprendió Vernon.

Aquellos fardos cuidadosamente empaquetados, estaban allí para llenar las alforjas de los mulos que emprenderían al día siguiente por la tarde, el camino hacia la frontera, en la mensual expedición clandestina.

Buster Vernon permaneció adherido a la columna. No iba a intervenir todavía.

Sabía ya quién era el que esparcía el terror, y al día siguiente podría desenmascararlo. De momento quería comprender los motivos por los que concedía Guzmán tanto valor a los objetos contenidos en el saco que acababa de colocar dentro de un fardo.

Vio cómo en la gruta, la piedra volvía a ajustar en la pared de listas formadas por mosaicos.

César Guzmán reemprendía la vuelta al establo secreto, donde montaría el caballo en que había venido. El otro, era el que empleaba para dejar la huella de la flecha rota, resucitando la antigua leyenda del terror que soplaba del desierto, inspirado por espíritus aztecas reencarnados.

Vernon dejó transcurrir cierto tiempo, y encendió su propia linterna. Fue palpando hasta hallar bajo la piedra horizontal en forma de lecho, el resorte que movilizaba con un empujón el recuadro de piedra.

La estancia a oscuras, se iluminó al ir recorriendo las hornacinas el foco de la linterna. Cogió Vernon uno de los objetos. Un minúsculo trabajo de tosca orfebrería, representando un pez.

En relación al tamaño era desproporcionado el enorme peso. Ya no cabía duda. Platino-iridio.

Empleó una hora en explorar el camino que anteriormente había seguido tras César Guzmán. Solo una galería que los

primitivos pobladores de la comarca, hacía varios siglos, habían horadado.

Y en el establo seguía dormitando el blanco caballo, cuyas herraduras poseían, en relieve, la marca de la flecha rota.



—No te muevas —le dijo.

CAPÍTULO XI

Reuben van Dyne se hallaba en la nueva galería en cuyo tramo final, Colman y Langlen apuntalaban las viguetas. El arqueólogo, arrodillado, soplaba sobre una placa mural recientemente descubierta.

Al entrar Vernon le miró de soslayo, dio una cabezada a modo de saludo, y siguió en la tarea de limpiar la delicada talla.

—¿Diste con alguna pista, Buster? —inquirió Colman.

—Pronto creo que llegaré al final. ¿Fatigado, Rolf?

El irlandés, limpiándose el sudor con la manga, resopló riendo.

—Vamos, vamos —apremió Van Dyne—. Necesito tener esta galería acabada, antes de que te vayas, Brian. Y habéis de desplazar este ídolo.

Señalaba el dios de la Guerra tendido en el suelo.

Langlen y Colman volvieron a la tarea, y el arqueólogo regresó al templo para colocar sobre la mesa de sacrificio, la plaqueta mural recién sacada.

—Fíjese, Vernon, en esta preciosidad de talla. Supera a las egipcias, aunque el dibujo sea menos perfecto.

Acariciaba los relieves como un poético enamorado.

—¿Ha pensado usted, señor Van Dyne, en la posibilidad de que aquí existieran pasadizos secretos?

Parecía que el arqueólogo no le hubiese oído, pero al cabo de unos instantes los agudos ojos de Van Dyne le miraron, más prominente el colgante labio en mueca burlona.

—Los profanos andan siempre imaginándose laberintos. Ha de tener en cuenta, mi joven amigo, que voy a rebatirle lo que por lógica ha deducido. Usted imagina que, puesto que nosotros tuvimos que abrir galerías para llegar a este templo, los aztecas tendrían túneles de acceso a él. Y en efecto, así es. Más por ahora no los hemos hallado, y quizá nunca los halleemos, por cuanto hay terremotos, desprendimientos, erosiones...

Siguió extendiéndose en conceptos científicos y, cuando pudo hablar, señaló Vernon hacia la galería de entrada.

—Aquellos fardos, ¿dónde van a parar?

—Lo que solo tiene valor arqueológico, puramente fragmental, lo deja Guzmán o mi sobrino, en casa de un buen amigo mío, residente en San Diego, que lo va almacenando hasta que yo juzgue

conveniente dar por terminadas mis exploraciones. Hay también menudencias de plata, ónix y pórfido, que ya le explicó Brian vende Guzmán para su beneficio de asociado.

Tras el almuerzo, y hallándose en el comedor, vieron llegar a César Guzmán, seguido por Juancho.

Salió Colman a su encuentro, y Van Dyne, seguido por Langlen, se dirigió hacia el corredor, mientras salía Vernon con Helen a la veranda.

Se aproximaron a la pareja Colman y el mejicano, que saludó ceremoniosamente.

—Mi hermana me encomendó que en su nombre la despidiese, deseándoles a todos buen éxito en sus personales empresas. Le vino lo que llamo yo «el pronto», y asegurando que se aburría, hizo el equipaje y se marchó a Los Ángeles. Naturalmente, la impulsó también la idea de que estando yo ausente por unos días, se aburriría aún más.

Helen Harris se dirigió al estanque, en cuya orilla el maya Guaymo recogía agua, para rellenar los recipientes de varias jaulas de palomos.

Sonriente, César Guzmán miró a Vernon:

—¿Progresas su búsqueda del misterioso jinete, «señor»?

—Sigue cabalgando.

Exhibiendo los blancos dientes, César Guzmán solicitó:

—Prométame que me lo hará saber tan pronto se disponga a capturarlo.

—Prometido. Usted será el primero en saberlo, no lo dude.

Volviéndose hacia Colman, inquirió Guzmán:

—¿Está el señor Van Dyne en su despacho?

—Allí lo encontrará.

El mejicano se dirigió al corredor, y poco después los dos amigos oyeron la puerta del despacho, cerrándose.

Brian Colman dijo intrigado:

—Me pareció que en tu última respuesta pusiste mucha ironía.

No contestó Vernon. Insistió Colman:

—¿Has averiguado algo nuevo?

—Sí, pero tal vez lo que haya averiguado pueda tener consecuencias que te sean penosas.

Impulsivamente, la diestra de Colman se apoyó en el hombro de su amigo.

—Si sabes algo, debes decírmelo. Nada puede ser peor ni más penoso para mí, que seguir en la horrible duda, en la incertidumbre...

—Esta noche he visto al jinete de la flecha rota.

—¿Quieres decir que hallaste sus huellas?

—Le vi en persona.

—¿De cerca?

—Muy de cerca.

Dilatando los ojos, preguntó asombrado Colman:

—¿Por qué no disparaste contra él?

—Porque...

Un grito repentino, ascendió en alarido de terror, procedente del despacho, y ambos amigos se abalanzaron hacia el corredor.

Pero antes de que llegasen al despacho, la puerta se abrió y César Guzmán apareció tambaleándose.

Lívido, con el rostro crispado en mueca de infinito pánico, dio un traspie y cayó de bruces, se revolvió y quedó boca arriba.

Sobresalía de su costado la varilla de una flecha rota, y ascendía el penetrante olor del veneno azteca.

Brian Colman se precipitó al interior del despacho. Y siguiéndole, vio Vernon tras la mesa al parpadeante arqueólogo que, dejando su pipa en el cenicero, inquirió:

—Pero ¿qué le sucede a Guzmán?

Los dos hombres le miraban con intensa fijeza y, levantándose, Van Dyne llegó al umbral, para contemplar al yacente.

Al prolongarse la pausa de silencio, inquirió Van Dyne:

—¿Muerto?

—Puede decirse que abandonó su despacho, ya muerto...

Van Dyne señaló al interior.

Y entre Colman y Vernon, llevaron al mejicano hasta el diván.

Buster Vernon, acercándose a la mesa, preguntó:

—¿Qué sucedió cuando Guzmán entró aquí?

Van Dyne apartó la vista del cadáver, y secándose con un pañuelo el sudor de la frente, expuso:

—Estaba sentado haciendo por duplicado la lista final de la expedición que iba a llevarse Guzmán. Estaba considerando si debía o no incluir el jarro turquesa, que encontramos esta misma mañana. Recordarás, Brian, que dije que valía más conservarlo, pero con la fotografía...

—Eso ya no importa, tío. ¿Qué sucedió cuando Guzmán entró?

—Se dirigió rectamente a mi mesa y dijo: «Apenas termine esa lista, tengo que revelarle algo importante». Yo no contesté, porque estaba pensado si incluía o no el jarro turquesa. Entonces, Guzmán se dirigió a la ventana, y la abrió. Oí un sonido como de aire silbando, y le vi que se cogía el costado como si acatara de tener un

calambre. Gritó, echando a correr como si repentinamente se hubiese vuelto loco, y abrió la puerta.

Reuben van Dyne, interrumpiéndose, se rascó la sien, pensativo, y por fin resumió sencillamente:

—Eso es todo.

Buster Vernon se aproximó a la ventana abierta, miró al exterior, y regresando examinó el cuerpo de César Guzmán.

Brian Colman, que había retirado la flecha, la dejaba sobre la mesa.

En el dintel, una sombra se perfiló, y Juancho, sombrero en mano, se inclinó en respetuoso saludo, diciendo:

—Me pareció oír gritar a mi amo.

No le contestaron, pero instintivamente los tres miraron hacia el diván, y siguiendo su mirada, Juancho vio el cuerpo tendido.

Un gemido como el de una fiera herida, brotó de su garganta, y con paso vacilante avanzó hasta arrodillarse.

Permaneció un largo instante inmóvil, y era patética su figura.

Buster Vernon apoyó una mano en el hombro del capataz de los Guzmán. Como si aquel toque rompiera un encantamiento, Juancho se irguió, brillantes los ojos en el siniestro semblante.

—¿Quién...? ¿Quién hizo esto?

Encogió los hombros el arqueólogo, y Buster Vernon contestó quedamente:

—No lo sabemos aún, Juancho. Pero si quieres que tu amo sea vengado, puedo prometerte que antes de la noche, sabrás quién lo mató.

Asintió el mejicano, desapareciendo de su rostro la expresión de furia, y volvió a caer de rodillas, aplicando la mejilla contra la mano colgante que el cadáver parecía apoyar en el suelo.

Vernon cogió por el brazo a su amigo, y en el corredor indicó:

—Necesito que hagas dos cosas. Sal al encuentro de Helen y explícale lo sucedido. Después, te ruego que lleves contigo a tu tío fuera de la casa, porque deseo registrar su habitación.

—Sé lo que estás pensando, pero no creo que sea tío Reuben. Recuerda que dijo que Guzmán abrió la ventana.

—La flecha estaba hincada de modo que solo impulsada por una cerbatana pudo herir.

—Entonces, si dispararon desde fuera...

Impaciente, interrumpió Vernon:

—Ya sabremos quién ha sido, y a no tardar. Explícale a Helen... Dile que me espere en las caballerizas.

—Como quieras.

—Y vuelve para conseguir apartar a tu tío de la casa.

—Escucha, Buster... Solo porque tengo la seguridad de que no es mi tío el autor de estas muertes, consiento en darte la ocasión de registrar su habitación.

Con nervioso paso se alejó Colman para salir, y Vernon, regresando al despacho, se aproximó a la ventana abierta.

Trataba de recordar dónde se hallaba Guaymo, el criado maya.

Reuben van Dyne a su lado, interrumpió sus pensamientos.

—Sería mejor trasladar a Guzmán a la habitación que siempre ha ocupado en sus visitas.

Buster Vernon ayudó a Juancho a trasladar el cadáver. Al dejarlo sobre la cama, examinó Vernon de nuevo la herida.

La flecha había herido a César Guzmán en un costado, por su parte interior, casi bajo el sobaco.

Juancho sollozaba mudamente, sosteniendo entre sus dos manos crispadas la diestra del muerto. Y entrecortadamente, balbució:

—Nunca pensé que un ser humano pudiera hacer daño a mi amo, el mejor de los caballeros. Para mí, el único hombre que me dio afecto...

Buster Vernon, palmeando el hombro del capataz, advirtió:

—Cuando me veas entrar en el despacho, espera a que acuda otra persona, y escucha lo que se hable. Escucha hasta el final, sin interrumpir. Te lo pido encarecidamente, Juancho:

—Así haré, señor.

Al abandonar la alcoba, crispó los puños Buster Vernon. Era muy ingeniosa la persona que había matado sucesivamente a Preston Weber, Eric Grayson y César Guzmán.

Y además le resultaba doloroso, casi mortificante para sus sentimientos, tener que desenmascarar a la persona que sembraba el terror en Valle Cementerio.

CAPÍTULO XII

En las caballerizas, Helen Harris, trémulos los labios, dijo al irse aproximando Vernon:

—Me ha contado Brian... cómo ha muerto César, y esperándote, una idea atroz ha ido germinando... Nunca me gustó Guaymo.

—Estabas cerca de él, cuando yo y Brian hablábamos con Guzmán.

—Pero siguió ocupándose de las jaulas con los palomos, mientras yo me fui a la cocina para darle un encargo a Rosiyana.

—Olvida a Guaymo.

—Además... ¿dónde está Langlen?

—En la mina. ¿No oíste gritar a Guzmán?

—No. Y solo cuando vino Brian... Yo no puedo resistir más.

—Tienes que soportar solo unos instantes más, Helen.

—Lo intento, pero hasta he llegado a pensar que puedas tú... abandonarme, irte de nuevo... Bárbara dijo que eras un aventurero sin arraigo, sin meta, que no podías sentir amor...

Abrazándola, sonrió Vernon:

—Lo que Bárbara pudiese decir, no ha de importarte. Pero quiero demostrarte que tengo una meta.

Y soltándola el talle, la asió de la mano, para encaminarse a un rincón de la larga caballeriza. Había en un poste un arzón viejo, ya inútil.

Buster Vernon, sacando su cuchillo, cortó parte del viejo cuero. Y extrajo una estrella de metal.

La colocó en la mano de Helen Harris. Ella examinó el grabado emblema:

Un escudo con una guirnalda donde estaba inscrito:

«U. S. Servicio Secreto»

—Esto te hará confiar en mí por completo, Helen. La escondí apenas tuve ocasión.

Sonrió ella con evidente expresión de alivio.

—Bárbara decía que eras un pistolero fugitivo.

—Y el telegrama que envió el amigo de Langlen parecía confirmarlo. Pero la verdad es que si entonces no podía ni debía entrar en más explicaciones, es hora de que tú lo sepas. Tanto Silas Yochum como Rod Barnes eran dos pistoleros reclamados. Los

encontré en Glendal, cuando ya había aceptado investigar la muerte de un amigo mío, un agente llamado Preston Weber.

Escuchaba ella con avidez.

—No era mi misión detener a Yochum y Barnes, pero creyeron que yo estaba en Glendal para detenerlos. Me atacaron y me defendí. Yo vine aquí para encontrar la pista que buscaba Weber. Piezas de platino aleado con iridio que eran vendidas en California y procedían de Méjico. No, no... Nada tiene que ver con ello el tío Reuben, que sigue siendo un despistado espantoso. Matan a un hombre ante sus narices, y sigue pensando en su jarre turquesa.

Río ella, y prosiguió Vernon:

—Ahora tienes que hacerme un favor.

—Lo que sea.

—Ayer, desde Los Cedros, pude comunicar telegráficamente con otro agente. Me espera en la encrucijada de los senderos que descienden al poblado. Irás a su encuentro. Se llama Walter Stanley.

—Walter Stanley —repitió ella.

—Alto, flaco y luce un mostacho cenizoso. Dile que ya no es preciso interceptar la expedición que tenía que llevarse Guzmán.

—No hay que interceptar la expedición.

—Y anúnciale que el jinete llamado «Terror del Desierto», ha muerto.

—Ha muerto... ¿Quién?

—César Guzmán era el fantasmón.

Explicó Vernon su hallazgo de la noche anterior, epilogando:

—En la mina encontrarás un fardo que yo marqué con una cruz. Sacarás de él un saco de piel, que contiene las piezas de platino. Se lo entregas a Walter Stanley, y después me esperas sin entrar en la casa. Me esperas hasta que yo salga a tu encuentro. ¿Todo entendido?

—Lo haré todo tal como dices.

La ayudó él a montar, y esperó hasta verla desaparecer por el desfiladero.

Subió a su habitación, y aproximándose al ventanal dejó pasar unos momentos. Después salió al corredor, al oír unos pasos.

Rolf Langlen, mesándose los rojos mechones, dio un taconazo furioso.

—Lo que abajo ha pasado es el colmo. Reuben está como una chiva por sus trastos aztecas, pero ya empieza a pasar de la raya. Acabamos de discutir, y le he echado en cara que siga tan atontado con sus cacharros, que le tienen idiotizado. Van cayendo como pichones...

Tendió un índice acusador:

—Y es hora ya, muchacho, de que demuestres que tienes talento. Por de pronto, ¿qué has sacado en limpio con tu mapa y las cruces? Cruces que, si sirven para señalar el «RIP», bueno...

Entrando en su habitación, Vernon fue en busca del mapa. Y extendiéndolo, señaló los nuevos trazos por él inscritos.

—Al sur del arroyo que se pierde en el desierto, hallarás una grieta sesgada. Después te cerrará el paso un matorral de cactus. Están clavados en maderas que son la puerta del establo.

—¿De qué establo?

—Hallarás un caballo blanco, cuyos cascos tienen en resalte la flecha rota. Y tras el pesebre empieza una galería secreta, que conduce hasta una de las alcobas de las vestales. Una estancia cuadrada separa la alcoba de la galería secreta. Y en la estancia hay todavía mucho platino.

—¡Diablos! —barbotó el irlandés—. ¡Platino!

—Sí, pero ya lo saben los agentes secretos. Yo conseguiré que pueda Van Dyne seguir sus excavaciones, a cambio de que el platino sea entregado al Gobierno mejicano.

Cabeceaba Langlen, dubitativo.

—Una fortuna así...

—Naturalmente, el Gobierno concederá el veinte por ciento del platino al que lo ha hallado. Vosotros.

—Así... ya suena mejor. ¿Y Guzmán...?

—Sacaba el platino sin que lo supierais, vendiéndolo por su cuenta. Esto es lo que puso sobre aviso al Servicio Secreto norteamericano.

—¿Lo sabe Reuben?

—Puedes ir a comunicárselo, pero cuando yo esté en el despacho. Precisamente entonces. Y necesito estar solo en el despacho.

—¿Por qué?

—Para acabar con todo.

—Me huele que es Guaymo... Cerbatana, rencor de maya... Callado, taimado y bebedor de agua... Todos los defectos propios de una sanguijuela.

—No harás nada, sin que yo dé el visto bueno, irlandés.

—De acuerdo. Voy a meterme en la librería, donde con este mapa, aguardaré a que Reuben pueda oír la sensacional noticia.

Rolf Langlen pasó a su habitación, volviendo a salir con una garrafito.

Minutos después oía Vernon cerrarse la puerta de la librería del

corredor. Y Brian Colman acudió apresuradamente.

Brillaban, excitados, sus ojos. Señaló hacia el exterior.

—Rosiyana afirma que el encapuchado era César Guzmán. Y que no quiso revelarlo antes por temor a que fuera un espíritu reencarnado... Pero muerto, ya no le teme.

—¿En qué se funda Rosiyana?

—Hablando con Juancho, supo que su amo realizaba muchas salidas nocturnas, y una noche vio a Guzmán quitándose la capucha, y guardándola en un bolso de la silla.

—Entonces, ¿cómo explicas tú la flecha clavada en el costado de Guzmán?

—Guaymo.

Buster Vernon ladeó la cabeza, entornando los párpados.

—¿Guaymo?

—Reflexiona, Buster. Para un maya, lo que hacía Guzmán constituía una burla casi sacrílega.

—Comprendo.

—Guaymo es fiel a mi tío, pero tiene sangre azteca. Y le interrogaremos hasta que confiese, aunque lo dudo... Lo esencial es que hemos conseguido eliminar la sospecha sobre mi tío.

—Sin embargo, ¿por qué iba Guaymo a matar a Grayson?

—Puede admitir que mi tío profane tumbas, pero a los demás nos odia. Está muy claro, Buster.

—Así parece.

—Recuerda, además, que él se hallaba junto al estanque cuando Guzmán entraba en el despacho. Por cierto, habrás comprobado que de nada te sirvió registrar la habitación de mi tío. Y ahora, hablemos de lo que no tiene más demora.

—¿De qué, Brian?

—De Helen.

Buster Vernon contempló el estanque, en cuyas hondas aguas había hallado la muerte Preston Weber.

—Ella es la que decide. Así te lo manifesté.

Brian Colman señaló hacia el estanque.

—Pareces interesado en lo que debiste pensar desde un principio, apenas cayó fulminado Guzmán. Una cerbatana... ¿no se parece mucho a una de las cañas con las cuáles construye Guaymo sus jaulas para palomos?

—En efecto.

Y Buster Vernon, abandonando la terraza, añadió:

—Ven conmigo. Y prácticamente te lo demostraré.

Excitado, Brian Colman descendió casi corriendo, y entrando en

el despacho se dirigió hacia la ventana cerrada.

Habló con su habitual nerviosismo:

—Fíjate bien, Buster. Era aquí donde estaba Guzmán. Y Guaymo se hallaba a veinte pasos.

—Una distancia desde la que cualquier maya puede soplar el terror en forma de flecha.

—Yo voy a salir, y colocarme precisamente en el sitio donde estaba Guaymo. Abre la ventana solo cuando yo levante el brazo, y te demostraré que ha sido Guaymo.

Buster Vernon asintió, diciendo:

—Esto se llama en términos técnicos, reconstrucción del crimen.

—Junto al estanque, dejó Guaymo unos cañizos. Verás perfectamente, apenas yo levante el brazo y tú abras la ventana, cómo operó Guaymo. Yo imitaré sus gestos. Apenas me veas alzar un brazo, abre la ventana, y después confrontaremos nuestras respectivas trayectorias.

—Es una idea excelente, Brian.

Brian Colman salió apresuradamente del despacho.

Buster Vernon enrolló más apretadamente el cortinaje a un lado de la cerrada ventana. Veía a su amigo dirigirse por la ribera izquierda del estanque hacia el lugar donde Guaymo había renovado las provisiones de agua de sus palomos.

Brian Colman tocó los cañizos en el suelo, y volviéndose, con sonrisa triunfal alzó un brazo.

Buster Vernon, adelantando los dos brazos, abrió la ventana.

Un silbido, y el agente secreto cayó hacia atrás, desplomándose con el rostro crispado en mueca de dolorida sorpresa.

Un acre olor se esparció por el despacho. El punzante olor del veneno azteca.

CAPÍTULO XIII

Buster Vernon yacía de costado, y en el despacho flotaba el acre olor del veneno azteca. Brian Colman, entrando apresuradamente, se dirigió a la izquierda de la ventana, y manipuló hasta sacar un panel de madera.

En el espacio visible del muro, había un bidón de aire comprimido con un tubo de goma conectado a una corta cerbatana, cuyo otro extremo encajaba en un orificio abierto en el panel de madera.

En el cierre de paso del bidón de aire comprimido había un fino bramante tenso hasta un mecanismo de disparo oculto en el alféizar de la ventana, bajo la unión de los dos batientes.

Brian Colman, retirando el mecanismo y la cerbatana, volvió a colocar el panel de madera. Se revolvió sobresaltado al oír un ruido metálico.

En pie, Buster Vernon le encañonaba con el revólver recién amartillado. Y sus ojos expresaban claramente que no titubearía en disparar.

Con el índice izquierdo señaló el cortinaje enrollado a la izquierda de la ventana.

—Tu flecha se clavó en el tejido, Brian. Bien planeado todo, menos el último flechazo.

La expresión de furia homicida que crispaba las facciones de Colman, fue cediendo, para reemplazarse por una de abatimiento.

Y sentándose, indagó:

—¿Cómo pudiste localizar este mecanismo?

—César Guzmán me lo dijo.

—¿César? —preguntó Colman, incrédulo—. Murió sin que pudieras hablar con él.

—A veces los muertos hablan. La flecha estaba hincada en la parte interior de su brazo izquierdo. Si le hubiesen disparado desde fuera, la herida estaría en distinto sitio. Fue, por lo tanto, al abrir la ventana. Y comprendí por qué me invitabas a abrirla. Para poner en acción el disparadero, que ya habías arreglado de nuevo, después de la muerte de Guzmán.

Van Dyne y Langlen entraban, y Vernon declaró lentamente:

—Brian Colman es el asesino de Grayson y de Guzmán. Debo explicar las cosas desde un principio. Hace un año, los federales

mejicanos, intentaron descubrir el origen de las expediciones clandestinas de platino. Un platino cuya aleación de iridio lo hacía muy valioso, y el Gobierno mejicano no hubiese dado su consentimiento para la exportación a los Estados Unidos. Por eso solicitaron del Servicio Secreto americano que enviase a uno de sus mejores hombres, Preston Weber, con el cual había yo actuado algunas veces, interesado en su profesión. Cuando Weber dejó de enviar sus noticias, el Departamento me invitó a proseguir su búsqueda de una pista. La última noticia que de él se había tenido, procedía de Los Cedros, y mencionaba a un hombre llamado Eric Grayson que podía serle útil. Quizás tú, Brian Colman, puedes decirme dónde enterraste a Preston Weber.

Brian Colman miraba a un punto indefinido por encima de las cabezas de los tres hombres presentes. Replicó con entonación rencorosa:

—Tú eres el cerebro, el talento... Averígualo.

—Has reconocido pues, implícitamente, que golpeaste a Weber, ahogándolo en el estanque. Cuando llegué a esta comarca, y oí los comentarios acerca del jinete fantasma, empecé a comprender que un grupo de hombres dedicados a excavaciones fraudulentas, necesitan trabajar sin curiosidades en torno, y tú y Guzmán pensasteis que lo mejor era resucitar una antigua leyenda, para alejar a crédulos supersticiosos ¿Por qué me disparó Guzmán en Paso Prieto?

Brian Colman, siempre mirando en alto, tuvo un rictus desagradable, replicando:

—El imbécil te creyó un inspector federal. Y no hubiera fallado si en el momento de disparar no hubiese oído a alguien acercarse. Puedes estar orgulloso de Helen, que, sin conocerte siquiera, ya te salvaba la vida. Y puesto en vena de confidencias, corresponde. ¿Por qué sospechaste de mí? ¿Qué te indujo a pensar en mí?

—Tú mismo. Procedías muy hábilmente pareciendo defender a tu tío, pero intentando que sobre él y Langlen recayeran las sospechas. Después, recordé tu temperamento de jugador. Vi que odiabas este sitio y la arqueología. Y estabas profundamente enamorado de Helen. Querías una fortuna, y poder llevártela. Mataste a Grayson porque él me revelaría lo que sabía, y enamorado de Helen, estaría muy satisfecho de eliminarte como rival amoroso. ¿Cómo empezó todo, Brian?

—Estando con Guzmán en el templo, hallamos por casualidad el escondite de las piezas de platino, y decidimos guardarlo secreto. Sacábamos algunas piezas con las que sin otro valor que el

arqueológico, enviaba mi tío. Solo pocas piezas, para no delatarnos. Para mí era la fortuna y para Guzmán liberar de hipotecas su rancho. Cuando supe que Grayson sospechaba, y le vi aquella noche charlando contigo, decidí terminar con él.

—Y fingir que eras otra víctima, para apartar sospechas. ¿Por qué mataste a Guzmán?

—Quería la parte del león. Empezó a ser exigente, y le sorprendí sin que él lo supiera, yendo al escondite y llenándose los bolsillos. Además, muerto él ya nadie sabría... Monté el mecanismo, y cuando vino, le dije que abriese la ventana para que pudiera oír mi conversación contigo, fuera.

—¿Por qué impediste que Langlen se saliera con la suya, manteniéndome lejos de aquí?

—Deseaba saber por qué rondabas, averiguar lo que sospechabas... Y tenía el convencimiento de que acusarías a Langlen o a mi tío...

Van Dyne contemplaba a su sobrino como quien examina a un fenómeno. Rolf Langlen tenía expresión de asqueado.

Bajo el dintel se enmarcó la figura de Juancho, y Colman, levantándose, dijo:

—El fracaso de todo mi plan me es tan insoportable como la idea de vegetar en una cárcel esperando la muerte.

Añadió en español, hablando con rapidez:

—Has escuchado, Juancho, y sabes ya que maté a tu amo, a tu patroncito. Sí, yo lo maté...

Buster Vernon no se movió, y Rolf Langlen, en su salto, llegó tarde.

El mejicano había sido rápido. Su cuchillo se había hincado en el corazón del que, desafiante, había avanzado hasta ponerse a su alcance.

Rolf Langlen pudo solo sostener un cadáver.

El mejicano huyó con la misma celeridad que había actuado.

—Ahora es ya usted el único propietario, Van Dyne... Y escúcheme con atención, porque no va a tardar Helen en venir. Hemos de procurar que no se entere de esto.

Señaló hacia el cuerpo que Langlen depositaba en el diván.

—¿Cómo podremos impedir que se entere? —murmuró Van Dyne, cansinamente.

—Más tarde, yo mismo le explicaré... Pero voy a llevármela, Van Dyne, Alejarla de este sitio, que ya sería para ella insoportable. Puedo hacer que venga conmigo, sin que quiera... despedirse.

—No puedo aceptar que ella se vaya...

Con firme decisión, Buster Vernon reiteró:

—Ella vendrá conmigo y será mi esposa. Han ocurrido aquí demasiadas tragedias por culpa de usted, Van Dyne. ¡Sí! ¡Por culpa de su ciego fanatismo!

Reuben van Dyne pareció a punto de acometer a Vernon, que crispó los puños dispuesto a repeler la agresión.

Se interpuso Rolf Langlen. Y habló persuasivamente, apoyadas sus anchas manos en los hombros del arqueólogo.

—Nos duela o no, Reuben, el muchacho tiene razón. Y de nada sirve luchar contra algo superior a toda su ciencia, Reuben. Yo mismo, si fuera Vernon, me llevaría a Helen sin tantas contemplaciones. Aquí solo podemos vivir un viejo chiflado por abrir hoyos y rebuscar antigüedades, y un hombre como yo de agitado pasado, con un solo amigo, Reuben. Usted. Nos quedaremos los dos, y podrá usted revolver todos los malditos templos aztecas que se le presenten.

Reuben van Dyne, sacudiendo la cabeza, refunfuñó:

—Tan pronto las autoridades sepan... se acabó mi búsqueda...

Buster Vernon anunció con gravedad solemne:

—Si usted no puede comprender la fuerza de un amor entre seres jóvenes, yo sí puedo comprender su amor apasionado por la arqueología. Y le doy mi palabra, de que conseguiré que el Gobierno Federal se limite a poner una guardia hasta recuperar todo el platino. Después, le dejarán en paz para proseguir sus investigaciones.

Reuben van Dyne tardó unos instantes en contestar:

—Es inútil pretender combatir contra una jovencita enamorada. Que seáis felices. ¡Vamos, oso irlandés! A lo nuestro.

* * *

En el valle, Helen Harris detuvo su caballo, esperando al jinete que se aproximaba. Buster Vernon forzó al bayo a emparejar con su alazán. Dijo:

—Deseo que vengas conmigo, Helen... para siempre.

—Pero, mi tío...

—Acaba de desearnos felicidad eterna, Helen.

—Pero... Brian...

—Todos están de acuerdo en que seremos felices, Helen. Y ya no hay ningún peligro... Todo ha terminado, Helen. Algún día te contaré... Reuben van Dyne podrá seguir en sus excavaciones... No has de pensar en nada, salvo en nosotros dos. Ven conmigo, Helen. Pensando solo en nuestro futuro, juntos siempre.

Emparejados los caballos, la enlazó por el talle, y ella, reclinando su cabeza en el ancho hombro protector, susurró:

—Contigo para siempre.

El sol en brillante símbolo resplandeció, iluminando el sendero por el que, al rítmico galope, la pareja enamorada reía alegremente, con vital euforia, alejándose de Valle Cementerio.

FIN



COLECCION SALVAJE TEXAS

*le ofrece, amable lector,
su primer volumen,
titulado*

SERPIENTES HUMANAS

Un apasionante relato debido a la maestría única
del famoso

L. M. ESTEFANIA

que cautivará su atención desde la primera a la
última página

SERPIENTES HUMANAS

¡Un tema vibrante, pleno de intriga y emoción!

SERPIENTES HUMANAS

Primer título de la nueva

COLECCION SALVAJE TEXAS

aparecerá la próxima semana

¡Encargue su ejemplar!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

435. — Fidel Prado
DEUDA CANCELADA

COLECCION "BUFALO"

132. — Silver Kane
SENTENCIA DE MUERTE

COLECCION "CONGO"

26. — Peter Debry
SOPLO DE TERROR

COLECCION "PANTERA"

69. — Meadow Castle
SOLO CONTRA TODOS

COL. "SERVICIO SECRETO"

299. — Mark Halloran
CON SUDARIO DE NYLON

COLECCION "POPULAR"
PASATIEMPOS Y AMENI-
DADES

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

494. — Corín Tellado
ESCLAVA DEL DEBER

COLEC. "MADREPERLA"

390. — Lucila Mataix
EL AMOR NUNCA ES
CULPABLE

COLECCION "ROSAURA"

334. — Nylhama
SACRIFICIO

COLECCION "AMAPOLA"

220. — Jesús Navarro
CUANDO RETORNE
EL ALBA

COLECCION "ALONDRA"

173. — María del Carmen Rey
HISTORIA DE UNA VIDA

COLECCION "CAMELIA"

114. — Armando Sandoval
EL VALLE DE CRISTAL

COLECCION "ORQUIDEA"

84. — Sergio Duval
SOLDADO DE FORTUNA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 2 - Barcelona " Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires

*¡Las legendarias haza-
zas de Robín de Lox-
ley y sus valerosos ar-
queros, vuelven a co-
brar vida en las pá-
ginas de un volumen
sensacional!*



ROBIN DE LOS BOSQUES

Un nuevo título de la sensacional

COLECCION HISTORIAS

que hallará en quioscos y librerías

256 páginas y más de 250 ilustraciones

¡En el bosque de Sherwood se ocultaban los que
oponían su fiero valor a las insidias de los despó-
ticos nobles!

ROBIN DE LOS BOSQUES

¡Un regalo que todos apreciarán!

Precio de venta: 25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

*Los pensamientos y
sentencias más famosos
y su explicación corres-
pondiente, reunidos en
un volumen, único por
su contenido y presen-
tación:*



FRASES CELEBRES

Un nuevo éxito de la famosísima

COLECCION POPULAR

que hallará esta misma semana en quioscos y librerías

FRASES CELEBRES

¡Un título que debe usted tener bien presente!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



¡Un volumen imprescindible para el radio-técnico!

¡Un título que le resolverá multitud de problemas!

MIL CIRCUITOS PRACTICOS

¡La más completa relación de los últimos descubrimientos en el campo de la electrónica!

MIL CIRCUITOS PRACTICOS

Un volumen que le ofrece con sus garantías habituales, la famosa

COLECCION TECNICA AL DIA

De venta en quioscos y librerías

Precio de venta: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**UNITED ARTISTS
C. B. FILMS**

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**

TRES FIRMAS DE PRESTIGIO, UNIDAS

para ofrecer al público, una obra maestra en sus
versiones literaria y cinematográfica

NO SERAS UN EXTRAÑO

La novela que ha batido el record de ventas en
Estados Unidos, el pasado año y la película más
admirada de los últimos tiempos.

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra maestra de

MORTON THOMPSON

es un girón de la vida misma, reflejada con el
más completo y asombroso verismo.



**LUCAS Y
KRISTINA**

son su pareja protago-
nista. Un matrimonio
unido en la profesión y
distanciado en sus sen-
timientos, para quienes
la felicidad era
desconocida

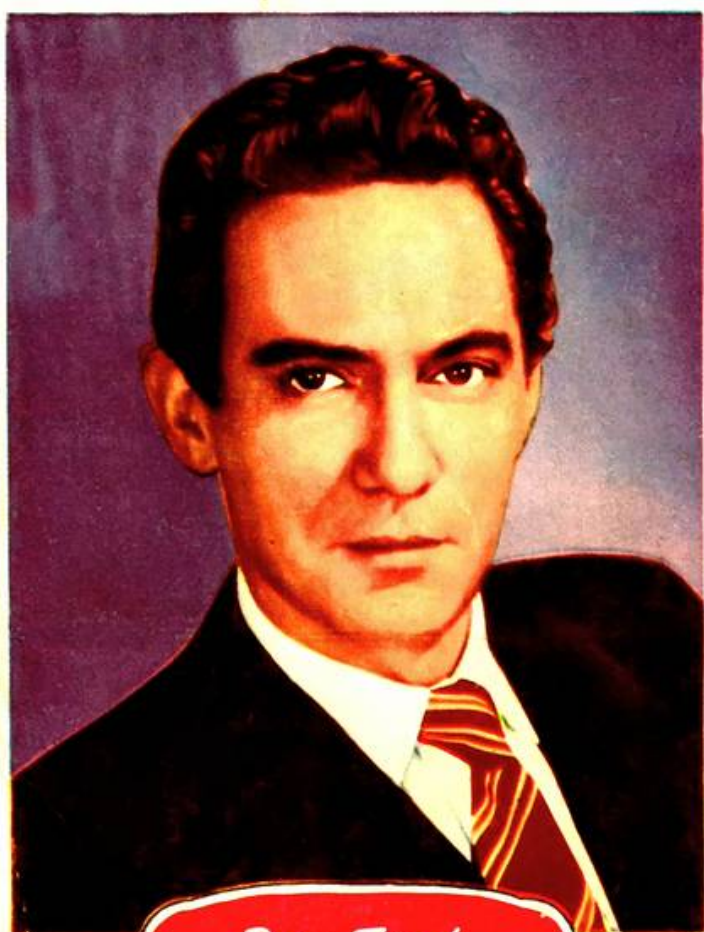


NO SERAS UN EXTRAÑO

¡Una novela que nadie puede dejar de leer!
DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

PRECIO: 100 PTS.

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Peter Finch

N.º 256

Actor inglés que ha trabajado en Hollywood en "La senda de los elefantes", "El detective" y "La tragedia del Graf Spee", son sus más recientes películas rodadas en Inglaterra.

Foto PARAMOUNT PICTURES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: \$ 3'50